

MÁS INCREÍBLES RESPUESTAS A LA ORACIÓN

Autor: Roger Morneau

jesusyyo.com

MÁS INCREÍBLES RESPUESTAS A LA ORACIÓN	1
Prefacio	3
Capítulo 1: Un diluvio de gracia sanadora.....	4
Capítulo 2: No hay mayor alegría	16
Capítulo 3: Padres que se autodestruyen	32
Capítulo 4: Ayuda ilimitada.....	43
Capítulo 5: La tragedia de las casas derrumbadas	54
Capítulo 6: Un ministerio de oración.....	71
Capítulo 7: Protegido de los espíritus demoníacos por el poder de la oración.....	82
Capítulo 8: Un gran descubrimiento	97
Capítulo 9: Amor incondicional	111
Capítulo 10: Tus pensamientos, ¿son tuyos?	122
Capítulo 11: Ministerios de Liberación	133
Epílogo - Mi segunda vida.....	148

PREFACIO

Han pasado más de dos años desde que salió de imprenta «Respuestas increíbles a la oración». Durante ese tiempo he recibido cientos de cartas y llamadas telefónicas. Algunas eran peticiones de oración de personas necesitadas, pero una gran cantidad eran de personas que querían contarme cómo el Señor las había estado bendiciendo al interceder por otros.

El Espíritu de Dios ha estado transformando vidas, remediando situaciones desesperadas, y brindando victoria a los desesperanzados. En este nuevo libro presento algunas de esas maravillosas historias. Además, ciertas preguntas seguían apareciendo una y otra vez en esas cartas y llamadas telefónicas. Se centraban en la posesión demoníaca y los llamados ministerios de liberación. Quiero presentar de una forma más permanente lo que compartí con esas personas atribuladas.

CAPÍTULO 1: UN DILUVIO DE GRACIA SANADORA

Es un milagro médico que hoy esté vivo. Mi último roce con la muerte comenzó un sábado por la noche, cuando me preparaba para retirarme a dormir, alrededor de las 10:30 p. m. Al ir al baño, de repente me encontré sangrando. Inmediatamente llamé a mi esposa, Hilda. Aunque se sorprendió al ver toda esa sangre, ella es enfermera y se mantiene tranquila. Abrió la puerta de un armario, tomó un pañal desechable de una caja que teníamos a mano para nuestra nieta pequeña. Luego me llevó rápidamente a la sala de emergencias de uno de los tres hospitales del área de Triple Cities en el sur de Nueva York. Como estaba tomando un anticoagulante como resultado de una afección cardíaca, el médico de la sala de emergencias no pudo detener la hemorragia hasta las 2:00 a. m. del domingo por la mañana. Luego tuve que esperar hasta que llegaran los resultados de mis análisis de laboratorio.

Un asistente me acompañó desde el laboratorio hasta una pequeña habitación. Señalando una mesa alta con ruedas, dijo: «Por favor, espere aquí, el médico estará con

usted en breve». Unos 15 minutos después, el asistente regresó y me encontró todavía allí de pie. «¡Oh! Sr. Morneau, debería estar sentado. Por favor, espere, vuelvo enseguida». Segundos después trajo un taburete de unos 25 centímetros de altura, lo colocó a mis pies y salió corriendo. «Es una cosa terriblemente pequeña para sentarse», me dije, «pero es mejor que estar de pie». Me puse lo más cómodo posible, me senté con la espalda apoyada en el marco de la mesa y los pies estirados horizontalmente. Pasaron otros 15 minutos. Entonces apareció una enfermera sosteniendo una jeringa con una aguja larga. «¡Hola! ¿Cómo está ahí abajo?», dijo, mirándome. «Señor, debería haber usado el taburete para subir y sentarse en la mesa».

Me di cuenta de lo ridículo que debía haber parecido y me eché a reír. La enfermera me puso la inyección y se fue con una sonrisa, probablemente sin poder esperar para contarles a sus colegas sobre su paciente desconcertado.

Una semana después recibí una llamada telefónica de un especialista en urología llamado Dr. Wise. Había revisado los resultados de mis pruebas, y me pidió que lo visitara en su consultorio al día siguiente.

Cuando llegué a su consultorio, me dijo con el máximo tacto y preocupación que tenía cáncer de próstata. Un tumor de gran tamaño había sido la causa de mi gran pérdida de sangre. El cáncer había avanzado más allá del punto en el que podía tratarse con quimioterapia. La única opción que quedaba era la cirugía. Después de analizar mi estado cardíaco, dijo que consultaría con el Dr. Smart, mi cardiólogo, sobre los riesgos de que me sometiera a una cirugía.

Como mencioné en mi libro anterior (Respuestas Increíbles a la Oración), casi morí en la unidad de cuidados intensivos del Greater Niagara General Hospital en diciembre de 1984. Las pruebas posteriores revelaron que un virus había destruido gran parte de mi corazón, dejándome discapacitado por una miocardiopatía, una enfermedad del músculo cardíaco. El Dr. Smart le dijo a mi esposa que no esperaba que viviera más de unos pocos meses, un hecho que no supe hasta hace aproximadamente un año.

En estos casos, el corazón suele desintegrarse hasta matar al paciente. En mi caso, el tejido cardíaco se convirtió en una sustancia dura que solo puedo comparar con el cuero. Pero con el 60 por ciento de mi corazón destruido

y mi sangre constantemente diluida para evitar la coagulación, era un candidato muy malo para cualquier tipo de cirugía.

A eso de las 9:00 de esa noche sonó el teléfono. Para mi sorpresa, era el Dr. Smart. Me dijo que había hablado con el urólogo sobre mi cirugía, y quería asegurarse de que yo comprendiera el gran riesgo que correría con mi corazón en tan débil estado. De hecho, él creía que era posible que no sobreviviera a la operación. Hilda y yo tuvimos una larga conversación sobre lo que debíamos hacer, luego oramos para que Dios nos ayudara a tomar una decisión inteligente. Esa noche no dormí mucho mientras pensaba en mi posible muerte. Sin embargo, al reflexionar sobre mi vida, me sentí reconfortado por la forma en que el Señor había intervenido repetidamente a lo largo de los años.

Constantemente Dios había enjugado lágrimas, calmado dolor, quitado ansiedad, disipado temor, suplido necesidades y otorgado bendiciones infinitas. Mientras pensaba en lo que Él ya había hecho en mi vida, mi fe se fortaleció y me pregunté: «¿Por qué estoy pensando en morir cuando sirvo al Dios vivo, el Señor de gloria en quien mora 'el Espíritu de vida' (Romanos 8:21)?»

Mi mente comenzó a llenarse de versículos de las Escrituras: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición, se acuerda de que somos polvo» (Salmo 103:13, 14). «En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Colosenses 1:16, 17). «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad» (Colosenses 2:9, 10).

Entonces mi corazón se estremeció con un gozo nacido del cielo al considerar Mateo 4:23, 24: «Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y su fama se extendió por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó». Y para colmo, una cita de El Deseado de Todas las Gentes me dio más ánimo: «Cuando vino el cumplimiento del tiempo, la Deidad fue glorificada derramando sobre el

mundo un torrente de gracia sanadora, que nunca sería obstruida ni retirada hasta que se cumpliera el plan de salvación» (p. 37). Entendí que El Deseado de Todas las Gentes enseñaba que la gracia sanadora de Dios todavía estaba disponible para todas y cada una de las personas que la pidieran.

Animado y consolado, comencé a orar: «Preciado Jesús, Tú eres mi fuerza y mi Redentor. Mientras miro hacia el Lugar Santísimo del santuario celestial donde estás ministrando en nombre de la humanidad caída, te agradezco por dejar las cortes de gloria para venir a esta tierra del enemigo. Tu sangre, derramada en la cruz, ha lavado todas mis iniquidades y mis pecados, los errores de mis caminos y la maldad de mi corazón humano caído. Y por todas las misericordias de Tu amor y las bendiciones de Tu gracia, Te agradezco, Señor, desde el fondo de mi corazón.

«Como bien sabes, mis capacidades humanas están en su punto más bajo. La muerte y «el que tenía el imperio de la muerte, es decir, el diablo» (Hebreos 2:14) se acercan para llevarme a la tumba. Pero me niego a creer que ha llegado mi hora de morir.

«Hace cinco años me librate de la muerte en el hospital. En ese momento me guiaste hacia un ministerio especial de oración, y te he visto bendecir a un gran número de personas en respuesta a mis intercesiones en su favor. No creo que quieras que esta obra mía concluya en este momento. «Sabes, Señor, que no tengo miedo de morir. Es solo que disfruto mucho orar por los demás, y me veo como un abridor de puertas. Uno que corre de prisión en prisión pidiéndote que liberes a los cautivos espirituales atados con grilletes del pecado. «Ahora, Señor, no estoy tratando de decirte qué hacer o cómo hacerlo. Pero como lo veo, en 10 días tengo programada una cirugía. Si es Tu voluntad, permite que Tu gran poder de vida impregne mi ser, para que cuando el cirujano opere no encuentre ningún tumor o cáncer presente.

«Señor, tengo tantas personas por las que orar que siento que no debo perder el tiempo orando por mí mismo. No volveré a hablar de mis necesidades físicas. En cambio, mi oración es solamente: "Que se haga tu voluntad en mi vida, para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".»

Y con esa oración, descansé en su amor y gracia. El día de mi cirugía, los camilleros me llevaron en silla de ruedas

a un quirófano equipado con el aparato quirúrgico más moderno. Todo brillaba con un esplendor que hablaba de limpieza y cuidado.

Cinco horas después me encontraba de nuevo en mi habitación y me sentía bien. Un rato después, el Dr. Wise entró para ver cómo estaba. Me informó que no había encontrado ningún rastro de tumor. Además, pareció sorprendido cuando le dije que no sentía dolor. El paciente que estaba en la cama de al lado había tenido el mismo tipo de cirugía, y necesitaba inyecciones cada cierto tiempo para aliviar el sufrimiento.

El tejido extirpado fue enviado a dos laboratorios diferentes para analizarlo en busca de signos de cáncer. Cuatro días después, salí del hospital sintiéndome bien y alabando a Dios por Su gran bondad hacia mí. Pasaron otros tres días, y fui al consultorio del Dr. Wise para conocer los resultados de las pruebas. Cuando entré, estaba sonriendo y emocionado. «No se han encontrado rastros de cáncer», me informó, y luego me explicó lo afortunado que era a la luz de las pruebas anteriores.

Le di las gracias y le recordé que, después de los primeros exámenes, había pedido saber exactamente cuán crítica era mi situación. Quería saber cuál era mi estado, le

expliqué, para saber cómo debía orar. «Ahora le agradezco que haya sido sincero conmigo y, sobre todo, le agradezco a Dios por haber hecho lo que era humanamente imposible».

NOTICIAS IMPACTANTES

Unos seis meses después recibí una llamada de California. Era Cyril Grosse, el hombre que me había impartido 28 estudios bíblicos en menos de una semana en 1946, y que me había llevado de la adoración espiritual a Cristo. Después de charlar unos minutos, me dijo que tenía malas noticias que contarme.

«Esto puede que le sorprenda», dijo, «pero según mi médico, sólo me quedan unos seis meses de vida. Las biopsias han revelado que tengo un cáncer de próstata avanzado. Se ha extendido a los órganos adyacentes, incluidos los ganglios linfáticos. El médico dice que tendrá que hacerme una cirugía drástica, además de tratamientos de radiación. Puede que incluso me castren».

Aunque la noticia era mala, no me hizo desanimarme. Después de todo, yo había pasado por una situación similar sólo unos meses antes. Dios me había ayudado a superarla, y yo creía que haría lo mismo con mi amigo cercano. Le

sugerí que intentara posponer la cirugía unas tres semanas, y que utilizara ese tiempo para pedir oraciones a personas que él conocía que eran hombres y mujeres de fe firme. Por supuesto, añadí que Hilda y yo también oraríamos por él.

A Cyril le gustó mi sugerencia, y el médico aceptó su petición de retrasar un poco la operación. Al cabo de tres semanas, el especialista realizó pruebas que mostraron una clara mejoría en el estado de mi amigo. Le dijo a Cyril que volviera en otras tres semanas. Para sorpresa del médico, la siguiente serie de pruebas mostró que varios de los tumores más pequeños habían desaparecido, y el cáncer estaba en remisión.

Cada tres meses, Cyril acudía al especialista. En octubre, el médico sugirió que se extirpara la próstata agrandada para restablecer la función urinaria normal. La operación fue un éxito, y los análisis de laboratorio revelaron que solo quedaba un pequeño rastro del cáncer en el centro del órgano. Los exámenes posteriores demostraron que Cyril ya no tenía cáncer, y mi amigo volvió a dar clases en su aula.

UNA LLAMADA DE AYUDA

Uno de mis hermanos, Edmond, vivía en Ottawa. Poco después de que se publicara «Respuestas increíbles a la oración», compró más de 50 copias y las envió a familiares y amigos. Una de las copias fue para su exesposa, que vivía en las cataratas del Niágara, Ontario. Impresionada por las historias de cómo Dios había respondido a la oración, ella llamó a Edmond y le preguntó si estaría dispuesto a ponerse en contacto conmigo, y pedirme que orara por una enfermedad ósea que la estaba paralizando progresivamente.

Había sufrido esta dolorosa enfermedad durante varios años. Al principio, se le había formado una deformidad ósea entre el tobillo y el talón, lo que le había creado un bulto que había crecido hasta el punto de que ya no podía usar zapatos. También se había vuelto tan doloroso que no podía apoyar el pie y tenía que usar muletas.

Cuando el dolor se hizo tan intenso que ni siquiera los medicamentos potentes podían detenerlo, los médicos comenzaron a pensar seriamente en amputarle el pie. Pero poco después de que comencé a orar por ella, el dolor disminuyó, y en pocos días desapareció por completo. El

bulto comenzó a encogerse y en poco tiempo pudo volver a usar un zapato.

Desde entonces, ha podido hacer compras y otras actividades que antes la gente hacía por ella. Agradeció especialmente poder visitar a algunos de sus hijos que viven en el norte de Ontario.

Al recordar experiencias como esta en las que Dios me ha usado para interceder por otros, mi corazón se hace eco del del salmista:

«Dad gracias al Señor, invocad su nombre; publicad entre los pueblos sus hazañas. «Cantad para él, cantadle salmos; contad todas sus maravillas.

«Gloriaos en su santo nombre; Alégrese el corazón de los que buscan a Jehová.

«Buscad al Señor y su poder; buscad siempre su rostro. Acordaos de las maravillas que ha hecho, de sus prodigios y de los juicios de su boca» (Salmo 105:1-5).

CAPÍTULO 2: NO HAY MAYOR ALEGRÍA

Desde la publicación de «Respuestas increíbles a la oración», cientos de personas han escrito o llamado por teléfono para contar cómo el Espíritu de Dios ha bendecido sus vidas cuando leyeron acerca del poder de la oración intercesora y comenzaron a ponerla en práctica.

Mi lista de oración ha aumentado en 700 nombres, ya que he unido mis oraciones a sus intercesiones ante Dios. El Señor nos ha honrado enormemente, ya que el Espíritu Santo ha dado a las personas la victoria sobre sí mismas, sobre el pecado, sobre la tentación y sobre el poder de los ángeles caídos.

Lo que más sorprende a quienes oran es cómo el Espíritu de Dios hace que personas que no tienen ningún interés en Dios ni en las cosas espirituales cambien de repente de opinión. Y cuando un día esos hombres y mujeres se sientan con ellos en una iglesia adventista del séptimo día, se maravillan del poder de Dios para salvar. Dios ha usado sus oraciones para obrar milagros. Entonces me escriben largas cartas contándome el gozo que están experimentando.

Por ejemplo, permítanme compartir algunos extractos de cartas de una mujer a la que llamaré Mary Brown.

«Querido hermano Morneau:

«Qué alegría poder servir a nuestro Señor en el ministerio de la oración. Hace quince maravillosos años que soy adventista del séptimo día y me bauticé. Otra historia emocionante es cómo sucedió esto. Durante los últimos dos años, llegué a creer firmemente en la oración intercesora. También durante ese mismo período, he estado buscando una relación más cercana con Jesús, y maneras de servirle más plenamente cada día. Él me ha guiado maravillosamente, y su libro fue parte de esa guía especial.

«He adoptado algunas de tus ideas «probadas». Me gusta especialmente la de pedirle a Dios que rodee mi objeto de oración con una atmósfera de luz y paz. Permítanme compartir brevemente una experiencia de oración.

«Mi hermana Josephine, de 38 años, tuvo una aventura y su marido la abandonó como consecuencia de ello. Ella pasó por un «infierno» (según sus propias palabras) durante más de dos meses después de que Russell se marchara. Aunque ella no se dio cuenta, él sabía de la

aventura desde hacía más de un año. Ella había estado presionando a su amante para que eligiera entre ella o su propia esposa.

«Hasta ese momento, ella nunca había dado muestras de tener necesidad de Dios o de la religión. Pero cuando llegó la crisis, se dirigió a mí, y me pidió que orara por ella. Yo oré fervientemente para que su amante se quedara con su esposa. Dos meses después, él le dijo enfáticamente que nunca abandonaría a su esposa, y luego terminó la relación.

«Algún tiempo después, me enteré de que tanto Josephine como Russell estaban orando para volver a estar juntos pronto.

«Qué emoción es ser utilizado por nuestro querido Padre celestial en una obra tan especial. Es mi deseo y mi oración llegar a ser un sabio intercesor, y ser utilizado cada vez más por mi Maestro en esta preciosa responsabilidad. Es muy emocionante ver cómo Dios responde a la oración. Mi fe crece constantemente. He adoptado la idea de la oración que mencionas en la página 48 de tu libro. ¡Qué idea tan maravillosa y llena de bendiciones!

«El Señor ha sido bueno conmigo. Tengo varios amigos muy queridos y, en lugar de darte unos cuantos

nombres para que los incluyas en tu lista de oración cada vez que te escribo, decidí enviarlos a todos a la vez. Te informaré a medida que la providencia se desarrolle en la vida de cada uno de ellos.

» He adoptado para mi petición personal cada mañana la hermosa oración que compartiste en la página 27... «Hoy les estoy enviando por correo una copia de tu libro a mis padres. El Señor me ha dado maravillosas oportunidades de testificar con ellos. Hace poco que empezaron a ir a la iglesia (los domingos) y, como dijo mamá, «probarán» diferentes iglesias para ver cuál les gusta más. Están realmente buscando y, mientras lo hacen, oro todos los días. Realmente creo con todo mi corazón que nuestro Señor los «traerá». Es solo cuestión de tiempo. Esa será una ocasión muy gloriosa que espero con gran alegría. «Prometo orar por ti y los tuyos todos los días hasta que nuestro querido Jesús venga a llevarnos a casa. Qué día tan bendecido y maravilloso será ese.

«Que tengas un día agradable y feliz.»

Tres meses después recibí otra carta de ella.

«Queridos hermano y hermana Morneau:

«Gracias, Hilda, por tu preciosa nota. Tengo algunas respuestas maravillosas a tus oraciones para compartir de nuevo. Si recuerdas, la última vez te pedí que por favor oraras por mi hermana, cuyo matrimonio se había roto. Están juntos de nuevo. Su esposo regresó a casa la semana de Navidad, y ambos están trabajando para salir adelante. ¡Alabado sea Dios!

» Otra respuesta a la oración ha sido el milagro que he visto en la vida de mi padrastro. No recuerdo si les conté que él me había preguntado sobre el cambio del culto del sábado al domingo, y cómo aproveché la oportunidad para compartir los hechos con él. Guiado por el Espíritu Santo, él concluyó que el sábado es el día de reposo.

«Se han estado llevando a cabo algunas reuniones evangelísticas en un pueblo cerca de donde viven. Les había enviado el folleto, y el domingo pasado por la tarde, tanto mi madre como Harry vinieron a la reunión. Mis padres realmente lo disfrutaron. Incluso mi madre, que rara vez habla mucho sobre asuntos espirituales, comentó lo agradable que fue la reunión.

«Mi querido padre estaba radiante. He notado un cambio radical en su semblante desde que adoptó el sábado. Incluso hace tres meses nunca me habría

imaginado que estaría sentado junto a mis padres en una iglesia adventista del séptimo día. ¡Qué emoción! Veo ante mis ojos la obra del Espíritu Santo en sus vidas, y eso me da un gran valor».

En realidad, ambas cartas eran mucho más largas, y hablaban de otras personas que habían sido bendecidas por la obra del Espíritu Santo. Cuando leo o escucho hablar de experiencias de ese tipo, siempre pienso en la siguiente cita de *El Deseado de Todas las Gentes*:

«Cuando el Espíritu de Dios toma posesión del corazón, transforma la vida. Se desechan los pensamientos pecaminosos, se renuncia a las malas acciones; el amor, la humildad, y la paz sustituyen a la ira, la envidia y la discordia. La alegría sustituye a la tristeza, y el rostro refleja la luz del cielo» (p. 173).

Cada día me siento más entusiasmado por el hecho de que un gran número de miembros de la iglesia están pidiendo a Dios que extienda los méritos del sacrificio de Cristo a los necesitados. Una persona me escribió: «Me impresionó profundamente la importancia y el gran valor que usted le da a la sangre derramada de Cristo, para que sea apropiada para aquellos por quienes oramos. Ahora dedico tiempo todos los días a hablar con nuestro Padre

celestial sobre mi aprecio por el poder para salvar que se encuentra en los méritos de la sangre divina de Cristo, y por el Espíritu Santo que obra una gran salvación en sus vidas. ¡Estoy viendo que mis oraciones son respondidas ante mis ojos, y eso es maravilloso!»

Creo que estamos empezando a presenciar el cumplimiento de las palabras de Isaías sobre el fin de la obra de Dios en la tierra: «Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento» (Isaías 60:1-3).

Cuando leo cartas de personas que están recibiendo respuesta a sus oraciones de intercesión, noto que, al mismo tiempo, están adquiriendo una hermosa comprensión de cómo el Espíritu Santo «hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo» (DTG p. 671). Comprenden con nueva claridad que sólo el Espíritu Santo puede hacer y mantener puro el corazón humano. Hace varios años, mientras buscaba una relación más cercana con Jesús y una mayor comprensión de la ciencia de la

salvación, me encontré con un pasaje en el tomo 8 de Testimonios para la Iglesia.

«Cristo declaró que la influencia divina del Espíritu estaría con sus seguidores hasta el fin. Pero la promesa no se aprecia como debería ser, y por lo tanto su cumplimiento no se ve como podría ser. La promesa del Espíritu es un asunto en el que se piensa poco; y el resultado es sólo lo que podría esperarse: sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia espiritual y muerte. Los asuntos menores ocupan la atención, y el poder divino que es necesario para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en su infinita plenitud» (p. 21).

Durante varios días, las frases clave de este pasaje se repetían en mi mente. Me hicieron caer de rodillas y volvieron mi corazón a Dios en busca de ayuda especial. Sobre todo, mientras leía y releía esa última frase, sentí profundamente que le había fallado a mi Salvador. El hecho de que permitiera que los asuntos menores desplazaran el poder divino del Espíritu Santo me hizo sentir casi como un traidor. En ese momento y lugar decidí que mi actitud indiferente llegaría a su fin.

Todos los días oraba para que Dios Padre me hiciera más como Jesús, quien «no vivía, pensaba y oraba para sí mismo, sino para los demás» (Palabras de vida del gran Maestro, pág. 139). Oraba para que mi mayor gozo fuera pedirle al Espíritu de Dios que bendijera las vidas de aquellos cuyos nombres estaban en mi lista de oración perpetua. Al poco tiempo, vi al Espíritu Santo obrar en mi vida, pues pensaba con frecuencia en aquellos que necesitaban la bendición de Dios en sus vidas.

Descubrí el gozo de orar mientras conducía mi coche, mientras caminaba hacia reuniones de negocios, mientras esperaba a personas que habían concertado una cita conmigo. Y los resultados me deleitaban. Por ejemplo, oraba por aquellos clientes de mi empresa que sabía que estaban pasando por problemas. Cuando los visitaba más tarde, espontáneamente me contaban cómo Dios los había bendecido.

La bendición de Dios a los demás continúa hasta el día de hoy. Permítanme contarles una experiencia que me sucedió justo cuando estaba escribiendo este capítulo. Eran las 10:35 de la noche de un viernes. Las horas sagradas del sábado habían traído una gran paz y tranquilidad a nuestro hogar. Hilda estaba concentrada en un buen libro,

y yo estaba pensando en una llamada telefónica de larga distancia que había recibido.

Una joven, a la que llamaré Mary, me había llamado para pedirme que orara por una amiga que hacía unos momentos había dejado a su marido por otro hombre. Entre lágrimas, me había contado que su amiga, a la que llamaré Betty, había orado por ella una vez cuando Mary había tenido problemas matrimoniales. De hecho, Betty incluso se había puesto en contacto conmigo, y me había pedido que orara por Mary. Ahora era el turno de Mary de buscar a alguien que intercediera ante Dios por la salvación de Betty.

Aunque reconocí el nombre al instante, dejé que Mary hablara. Sin que yo le diera ninguna respuesta, Mary me contó las dificultades por las que había pasado. «Jim y yo estuvimos casados poco más de dos años, y todavía estábamos muy enamorados», dijo. «Él estaba haciendo estudios de posgrado, y nuestros ingresos eran bastante limitados, así que nos alegramos cuando conseguí un trabajo mejor pagado que parecía la respuesta a mis oraciones».

Ella hizo una pausa por un momento y luego preguntó: «Sr. Morneau, ¿cree usted que una mujer puede

enamorarse de otro hombre, incluso cuando todavía está profundamente enamorada de su marido?». En lugar de pasar a una discusión sobre el amor genuino y el poder del enamoramiento, simplemente respondí que en esta época han sucedido muchas cosas extrañas. «No sé por qué le estoy contando esto», continuó Mary, «excepto que creo que el Espíritu Santo quiere que vea cómo el Espíritu Santo respondió sus oraciones por mí.

«Después de haber estado en mi nuevo trabajo en una gran tienda por departamentos durante un par de meses, comencé a prestar atención a uno de los gerentes. Su amabilidad y su hábito de elogiarme me llamaron la atención. Empecé a simpatizar mucho con él.

«En poco tiempo, no pude sacarlo de mi mente. Me encontré pensando en él constantemente, incluso cuando estaba con mi esposo. Aunque me di cuenta de que estaba mal dejar que él ocupara continuamente mis pensamientos, simplemente no podía detenerlo. Su poder sobre mí era tan grande que un día me encontré admitiendo a Betty que, si el hombre me pidiera que me acostara con él, no podría resistirme.

«Sabía exactamente lo que sucedería si las cosas seguían como estaban. Apenas unos días antes, me había

descubierto deseando que me abrazara mientras estábamos solos en un almacén.

«A veces, mientras hablábamos, me ponía la mano en el brazo, y una sensación poderosa y muy placentera me recorría todo el cuerpo. Me estaba volviendo totalmente adicta a él. Pero, gracias a Dios, usted, el señor Morneau y Betty estaban orando por mí. Cuando llegó el día en que me invitó a su apartamento para ver la colección de sellos que era su orgullo y su alegría, respondí automáticamente: «Oh, no podría hacerlo sin que mi esposo estuviera conmigo».

«Entonces una ola de temor inundó mi mente al pensar en lo que sucedería en su apartamento si me quedaba sola con él. Un pasaje que había memorizado de niña: las palabras de José cuando se enfrentó a la tentación pasaron por mi mente: “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?”. De repente, tuve miedo de algo que hasta ese momento había estado ansiando.

«No exagero, señor Morneau, cuando digo que en esos breves momentos recuperé mi sentido del bien y del mal. Las cadenas del enamoramiento se me cayeron de encima y, por la gracia de Dios, nunca más las volveré a llevar».

Le recordé a Mary que había gente que había intercedido poderosamente ante Dios por ella. El Espíritu Santo había estado obrando poderosamente en su momento de necesidad. No dijo nada durante 10 o 15 segundos, pero pude oírla sollozar. Finalmente, recobrando la compostura, me agradeció por mis oraciones por ella.

Pero el motivo de su llamada todavía la inquietaba. No podía entender por qué la mujer que había orado por ella durante el tiempo de necesidad de Mary, ahora de repente se iba a vivir con otro hombre. «¿Cómo puede una persona como Betty, a quien siempre consideré una cristiana firme, caer en el pecado tan totalmente que no atiende a razones? Su perspectiva de la vida ha cambiado tanto, que las cosas espirituales parecen no importarle más.

«Me da miedo pensarlo y me sigo preguntando: "Si Betty, siempre una persona de principios fuertes puede renunciar de repente a las cosas espirituales, ¿qué posibilidades tengo yo de llegar al cielo?"».

«No eres la única persona que me ha hecho ese tipo de preguntas», le respondí. «De hecho, una gran cantidad de personas me han escrito pidiendo oración por el matrimonio de alguien. La gente me cuenta

constantemente lo sorprendida que se queda cuando ve que alguien, a quien consideraban un pilar de la Iglesia, de repente echa a perder su matrimonio».

Su voz sonaba apremiante cuando me preguntó qué pensaba yo que estaba pasando con la iglesia. Le expliqué que creía que esas personas no habían aprendido a ser «guardadas por el poder de Dios mediante la fe» (1 Pedro 1:5), y que el adulterio y la ruptura matrimonial, tan extendidos entre los adventistas, eran consecuencia de que los miembros de la iglesia iban soltando lentamente su apego a Dios, hasta que las inclinaciones naturales del corazón humano caído los abrumaron.

El libro Patriarcas y Profetas, dije, describe tres factores distintos que hicieron que los antiguos israelitas abandonaran a Dios. «Fue cuando los israelitas se encontraban en una condición de aparente tranquilidad y seguridad que fueron llevados al pecado. Dejaron de tener a Dios siempre delante de ellos, descuidaron la oración, y albergaron un espíritu de confianza en sí mismos» (p. 459). Elena G. de White continúa en las páginas 459 a 461 para advertirnos que lo que hizo que el pueblo de Dios apostatara en el río Jordán también prevalecerá antes de la segunda venida de Cristo. «Apartarse de algo tan

sagrado como los votos matrimoniales», le dije, «no tiene sentido, a menos que recordemos que el corazón humano caído es engañoso más que todas las cosas y perverso» (Jeremías 17:91). De hecho, es tan engañoso que incluso Salomón, el más sabio de todos los seres humanos, y tres veces llamado por las Escrituras amado de Dios, arruinó su vida cuando se olvidó de tener a Dios siempre delante de él. Pronto descubrió el poder del enamoramiento desenfrenado. La Biblia dice que «sus mujeres desviaron su corazón tras otros dioses... Entonces Salomón edificó un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está delante de Jerusalén, y a Malec... Lo mismo hizo con todas sus mujeres extranjeras, que quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses» (2 Reyes 11:4-81).»

María quería saber más acerca de ser «guardada por el poder de Dios mediante la fe». Le prometí escribir una carta en la que le explicaría el poder del pecado y la separación de Dios, y lo indefensos que somos contra tales fuerzas a menos que intervenga el Espíritu de Dios.

En los capítulos siguientes presentaré algunos de los factores importantes que debemos conocer para preservar nuestra relación vital con Dios. Además, mostraré cómo

nuestras oraciones por otros pueden permitir que Dios envíe al Espíritu Santo con mayor plenitud para luchar las batallas de nuestros seres queridos contra el pecado y el mal.

CAPÍTULO 3: PADRES QUE SE AUTODESTRUYEN

De la gran cantidad de cartas y peticiones de oración que recibo, hay una que siempre me toca profundamente la fibra sensible. Vienen de padres que aman a Dios y cuyos hijos han rechazado su fe y su iglesia. Y creo que puedo decir sin exagerar que 7 de cada 10 de esos padres sienten que de alguna manera son culpables de lo que han hecho sus hijos. Casi todo el mundo parece escribir: «Como padres, nos preguntamos en qué nos hemos equivocado al educar a nuestros hijos. ¿En qué les hemos fallado?». Algunos de esos padres están tan destrozados por su decepción que se apartan del contacto con otros miembros de la iglesia por miedo a tener que dar explicaciones sobre sus hijos. Una madre me descargó su carga de cuidados, y luego me pidió que orara especialmente por su esposo. Su vida había quedado tan devastada por la forma en que vivían sus hijos adultos que ya no iba a la iglesia. No podía enfrentarse a sus hermanos creyentes allí.

Ella temía que no pasara mucho tiempo antes de que él se suicidara. «Me gustaría estar muerto», le había dicho

varias veces. «Así no tendría que vivir una vida tan miserable».

Cuando escribo a los padres cristianos que pasan por experiencias similares, les hago hincapié en que no deben culparse por lo que sus hijos puedan estar haciendo. Ningún padre es perfecto, pero es aún más importante recordar que los jóvenes toman sus propias decisiones libres. Es el diablo quien intenta culpar a estos padres por lo que otra persona, particularmente sus hijos, hacen o no hacen. ¿Por qué no poner la culpa donde realmente corresponde, en el corazón caído y pecador de la persona? Cada individuo elige seguir sus propias inclinaciones malvadas, así como las del diablo y sus ángeles malvados.

Satanás intenta obligarnos a aceptar culpas y sentimientos de culpa innecesarios. Cuando participé en un culto espiritual hace muchos años, un sacerdote espiritual afirmó que, después de que muere el cónyuge de alguien, los espíritus demoníacos encuentran un gran placer en recordarle al esposo o esposa afligido toda la crueldad que le hizo a lo largo de los años al ser querido fallecido.

Los ángeles malignos bombardean a cada persona que sufre con imágenes de culpa y arrepentimiento para desanimarla, e incluso aplastarle la alegría de vivir. «Esta

clase de opresión mental agrada mucho a Satanás», dijo ese adorador de espíritus. Y creo que debemos considerar seriamente lo que enseñó. Hace eco de lo que dicen las Escrituras sobre el deseo de Satanás de destruir como un león rugiente. Si no puede tentarnos para que rechacemos a Dios haciendo el mal, tratará de destruirnos paralizándonos con una falsa culpa.

Los padres que se critican a sí mismos deben escuchar la invitación de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). Nuestro Señor nos ofrece dotarnos de resistencia, esa capacidad especial que nos permitirá seguir adelante en tiempos difíciles, cuando la vida de todos los demás se está desmoronando. Como dije antes, he recibido innumerables cartas de padres que están a punto de desesperarse por sus hijos. Pero después de que comienzan a darse cuenta de que el Espíritu Santo puede obrar poderosos milagros de redención, esos mismos padres comienzan a escribirme sobre cómo el Señor ha estado bendiciendo a sus familias. Cuentan cómo el poder del Espíritu está transformando vidas y remediando situaciones desesperadas. Esas cartas registran victorias en lo que parecían ser casos sin esperanza.

«Le escribo con gran pesar», comenzaba una carta. «Sé que Dios no es parcial cuando parece responder las oraciones de algunas personas más que las de otras. Sin embargo, siento que mis oraciones son ineficaces porque no veo las respuestas que deseo.

«No pido dinero, casas, ni bienes materiales. Nuestras peticiones son por nuestros hijos. Tenemos un hijo y una hija. Los problemas son principalmente estos:

«Nuestra hija, Darlene, miente y es muy manipuladora. También es muy beligerante, ignora nuestras reglas y no tiene ningún respeto por Dios.

«Nuestro hijo, Charles, carece de motivación para labrarse una vida por sí mismo. Es descuidado con sus lecciones, se deprime fácilmente y al menor problema cede y se vuelve extremadamente poco comunicativo. Charles asistió a uno de nuestros colegios adventistas, pero no le fue bien. Nuestro hogar está en constante agitación. «Hermano Morneau, tal vez estos problemas no parezcan devastadores, pero podemos ver que, si nuestro hijo y nuestra hija continúan por el camino que están tomando, el diablo pronto los tendrá donde él quiere. Si bien no estoy tratando de hacer que parezca que somos personas «perfectas», hemos tratado de darles un buen ejemplo:

adoración, asistencia fiel a la iglesia, todo lo necesario. Y debo decir que Dios ha sido bueno con nosotros. Pero por la forma en que van las cosas con nuestros jóvenes, a veces las presiones se vuelven insostenibles.

«Nos estamos ahogando bajo estas presiones, hermano Morneau. Necesitamos desesperadamente ayuda para presentarlas a Dios. ¡Por favor, pónganos en su lista de oración!»

En una carta similar, la escritora citó a su marido diciendo: «Siento que cualquier otra presión ejercida sobre mi vida por nuestros hijos impíos me llevará a suicidarme».

Esas palabras de desesperación siempre me hacen llorar y me duele el corazón. Por eso, después de presentar cada caso ante el Señor, trato de responder a los padres de una manera que traiga una chispa de esperanza a sus vidas. Quiero que vean que, a través del plan perfecto de redención de nuestro Padre celestial, el Espíritu Santo puede cambiar maravillosamente incluso la situación más desalentadora. El Espíritu Santo exaltará a Cristo y lo revelará como el poderoso Salvador que es.

La gente parece emocionarse de que alguien se tome el tiempo de responder a su dolor. La madre de Darlene y Charles escribió: «Cuando recibí y leí tu carta, me sentí aún

más feliz porque fue algo inesperado». Innumerables personas esperan que alguien más comparta un poco de su carga y que, al menos, esté dispuesto a escuchar su dolor y pena, como mínimo.

Unos dos meses después, la mujer me envió una carta en la que me contaba los notables cambios que se estaban produciendo en los dos jóvenes adultos. Su carta estaba llena de agradecimiento por las bendiciones de Dios. Darlene, la hija, había pasado de ser una joven beligerante y antirreligiosa a una persona cortés y considerada, que ahora asistía a la iglesia y estaba ansiosa por hablar de su nuevo interés en los asuntos espirituales. Incluso dijo que estaba orando para que el Señor la cambiara.

El hijo, Charles, también había adquirido una nueva perspectiva de la vida. En lugar de carecer de motivación y ser descuidado en sus estudios, ahora disfrutaba de la universidad y afrontaba los problemas con nuevo vigor. También le dijo a su madre que había dejado de fumar y de caer en otros hábitos que había adquirido.

Como la madre era una profesional que trabajaba para una empresa internacional, sabía que no tenía tanto tiempo como le hubiera gustado para escribirme sobre los cambios en la vida de su familia. En lugar de eso, me pidió

mi número de teléfono, y desde entonces me ha llamado y escrito para mantenerme informada de lo que ha estado sucediendo en su vida. Ya no está deprimida ni desanimada, sino que se ha sentido gozosa al contarme lo que el Espíritu Santo ha estado haciendo en las vidas de las personas por las que ella y su esposo han estado orando. Ellos ven al Espíritu de Dios impartiendo a seres humanos indefensos el poder para vivir vidas cristianas exitosas y victoriosas.

ENFRENTANDO LA REALIDAD

El poder del mal se ha ido fortaleciendo a lo largo de los siglos, y ha llegado al punto de abrumar a la razón y a la autoridad paterna al devastar los hogares cristianos. Pero me niego a aceptar la idea generalizada de que no hay mucho que uno pueda hacer excepto pedirle al Señor que cuide a sus seres queridos que han cometido errores. Podemos reclamar los méritos de la sangre que Cristo derramó en el Calvario. Y si entendemos cómo se puede utilizar ese poder divino para la salvación de aquellos que se han apartado de Dios, podemos esperar que se produzcan poderosos milagros de redención en las vidas de aquellos por quienes oramos.

Antes de examinar cómo el poder divino puede transformar vidas, creo que primero debemos considerar la inmensidad del problema del pecado en nuestras vidas. Tres poderosos elementos malignos buscan el control de cada uno de nosotros, elementos contra los cuales sin la fuerza de Dios estamos indefensos. Son:

1. El poder del pecado.
2. El poder de la muerte.
3. El poder de la separación de Dios.

Jesús ha enumerado algunos de los males que el poder del pecado puede producir en la vida de un individuo: «De dentro del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen y contaminan al hombre» (Marcos 7:21-23). No es de extrañar que la Biblia declare que el corazón humano «es engañoso más que todas las cosas, y perverso» (Jeremías 17:9).

He recibido varias cartas de hombres cristianos que estaban angustiados por los pensamientos impuros que

inundaban sus mentes. Descubren que sus esfuerzos por reencauzar sus pensamientos hacia cosas buenas son una lucha constante.

«Me desanima el hecho de que, tan pronto como me despierto por la mañana, me encuentro pensando en algunas de las inmoralidades que cometí antes de convertirme en cristiano», escribió una persona. «Me esfuerzo mucho por pensar en cosas buenas, pero al poco tiempo algunas de esas imaginaciones corruptas vuelven a aparecer. Lo triste de todo es que a veces me encuentro pensando en personas con intereses codiciosos.

«A menudo me pregunto: ¿estoy librando una batalla perdida?

«¿Hay alguna manera de vencer a esta cosa?

«¿O crees que soy un caso perdido?

«Cuando leo el Salmo 24, versículos 3 y 4: «¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón». Yo siento que me voy a perder la vida eterna porque no tengo un corazón puro como se menciona aquí.»

En mi respuesta, le dije que nada menos que el poder divino de Cristo, dispensado diariamente a través del

Espíritu Santo, podría traerle la victoria. Luego le hablé de una fórmula probada por el tiempo, que durante décadas ha impedido que el pecado me separe de Jesús. Pasaron seis meses; entonces el hombre me escribió con la buena noticia de que estaba teniendo una relación más cercana con Dios. Alabó a Dios por el hecho de que Él podía transformar su vida con el Espíritu Santo.

El poder de la muerte lleva a muchas personas a fumar, beber alcohol, consumir drogas, o adoptar un estilo de vida que acortará la vida. Ignoran la evidencia científica de los peligros de tales hábitos y prácticas, y se niegan a escuchar la razón o el sentido común. Otros luchan con la compulsión de correr riesgos. Cuanto mayor es el peligro, más potente es el subidón que les produce. Creo que es una de las razones por las que los jóvenes sufren tantos accidentes de tráfico mortales. Durante la década de 1980, los accidentes de tráfico mataron a más de 74.000 adolescentes en los Estados Unidos. Muchos de los supervivientes cuentan cómo una fuerza interior les impulsó a conducir de forma imprudente.

Al analizar el poder de la separación de Dios, descubrimos que consta de dos elementos distintos: la desconfianza en Dios, y la incredulidad. Esta ha arruinado

incontables millones de vidas a lo largo de los siglos. Los antediluvianos se negaron a entrar en el arca de Noé, y los hebreos que salieron de Egipto perecieron en el desierto en lugar de entrar en la Tierra Prometida.

Además de las fuerzas autodestructivas que acechan dentro de cada uno de nosotros, también debemos recordar que Satanás y sus seguidores caídos también están haciendo todo lo posible para angustiar, desconcertar, y oprimir nuestras mentes y vidas.

A estas alturas, nuestros corazones se hundirían en la desesperación si no fuera por el hecho de que nuestro poderoso Redentor, Jesucristo, puede salvarnos completamente de nosotros mismos, del pecado, del mundo, y del poder de los ángeles caídos. Jesús puede hacer lo que nosotros no podemos, puede protegernos de aquello ante lo cual estaríamos indefensos, y puede transformarnos en lo que nunca seríamos de otra manera. Él es la única esperanza que podemos tener.

CAPÍTULO 4: AYUDA ILIMITADA

El regreso de Cristo está demasiado cerca para que sigamos perdiendo el tiempo en la búsqueda desesperada de ganar nuestra propia salvación. En lugar de ello, debemos dedicar nuestro tiempo a la oración, buscando al Espíritu Santo, ese gran poder por medio del cual podemos resistir y vencer el pecado (El Deseado de todas las gentes, p. 671). En esa misma página, Elena de White nos dice que Jesús da su Espíritu como un «poder divino para vencer todas las tendencias hereditarias o cultivadas al mal, y para imprimir su propio carácter en esta iglesia».

Vivir una vida cristiana victoriosa y exitosa es lo más importante, y podemos hacerlo de una sola manera: a través del Espíritu de Dios que reposa sobre nosotros y mora en nosotros. El apóstol Pablo, al escribir a los efesios por cuya salvación había trabajado tan diligentemente, captó su atención al recalcar el tipo de oración que hacía por ellos: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y

cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:14-19).

Esas pocas líneas debieron haber sido un gran estímulo para los cristianos de Éfeso, quienes se dieron cuenta de que Pablo había estado orando para que el Espíritu Santo los fortaleciera especialmente a ellos. Solo entonces podrían vivir una vida cristiana victoriosa en este mundo caído.

Para entender el impacto que la oración de Pablo tuvo sobre ellos, debemos recordar que los efesios en un tiempo no habían sido individuos modelo. Efesios 2:1-2 De ellos declararé: «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.»

Algunos de los efesios habían estado incluso muy involucrados en lo sobrenatural. Hechos 19:19 nos dice: «Muchos de los que practicaban artes misteriosas trajeron sus libros y los quemaron delante de todos; y echados a

andar, hallaron que era cincuenta mil siclos de plata». Convencidos por el Espíritu Santo, estos practicantes del ocultismo quemaron manuscritos que valían una fortuna, y entregaron sus vidas a Cristo. Me imagino que Pablo y sus doce compañeros (mencionados al principio del capítulo) debieron haber orado seriamente por estos hombres y mujeres.

Creo que oraban tanto para que Dios se apropiara de los méritos de la sangre derramada por Cristo en el Calvario, como para que el Espíritu de Dios rodeara a cada uno de ellos con una atmósfera divina de paz y luz espiritual. Y bien podría ser que pidieran a Dios que el Espíritu Santo venciera y anulara el poder del pecado, el poder de la muerte, y el poder de la separación de Dios en la vida de cada creyente. Seguramente Pablo y sus amigos debían haber hecho este tipo de oración diariamente.

Conversiones fantásticas tuvieron lugar entre los efesios, y estoy persuadido por la Palabra de Dios de que conversiones similares y mucho más numerosas sucederán entre la Iglesia Adventista del Séptimo Día cuando el pueblo de Dios interceda ante Dios por otros, con una fe tan decidida como la que tenían Pablo y sus amigos.

En 1946, después de que el Espíritu Santo me convirtió del espiritismo al cristianismo, la Epístola a los Efesios se convirtió en una gran fuente de aliento para mí, especialmente cuando me di cuenta de lo que la oración de Pablo había logrado entre aquellos que habían estado involucrados en el ocultismo. Efesios 2:4-7 nunca ha dejado de sorprenderme. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)... para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús». Seremos la demostración y el escaparate ante el resto del universo de su perdón, y su capacidad para transformar a los pecadores rebeldes.

La gracia adquirió un significado aún mayor un día cuando leí que es una parte fundamental del carácter de Dios. Elena de White dice que «es un atributo de Dios ejercido hacia seres humanos que no lo merecen. No lo buscamos, sino que fue enviado a buscarnos. Dios se regocija en otorgarnos su gracia, no porque seamos dignos, sino porque somos absolutamente indignos. Nuestro único derecho a su misericordia es nuestra gran necesidad» (El ministerio de curación, p. 161).

El Espíritu de Dios fortaleció a los primeros cristianos, capacitándolos para convertirse en algo que de otra manera no podrían ser. Sólo Él los capacitó para vivir vidas cristianas exitosas. Según el apóstol Juan, el cielo bendijo su vida de oración, el secreto de su cristianismo victorioso. «Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22). Fueron capaces de guardar sus mandamientos porque su vida de oración les abrió el poder del Espíritu Santo, como lo atestiguamos una y otra vez en el Nuevo Testamento.

Hechos 3 relata cómo Pedro y Juan visitaron el Templo de Jerusalén a la hora diaria de oración. Cuando se acercaban a una de las puertas, un mendigo cojo los detuvo y les pidió dinero. «Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda» (versículo 6). La Biblia afirma que los pies y tobillos del hombre cojo recibieron sanidad y fortaleza, y comenzó a saltar y a alabar a Dios.

Tengo la firme convicción de que Dios volverá a demostrar milagros similares entre su pueblo, pero en este momento todavía estamos en el proceso de adquirir una fe bíblica genuina. Esa fe es imprescindible antes de que

Dios pueda honrar nuestras oraciones como lo hizo con los discípulos y otros cristianos primitivos. Según Hebreos 11, esa fe bíblica consta de tres elementos:

Creencia en Dios.

Confianza en Dios.

Lealtad a Dios.

JESÚS, DIOS DE LO IMPOSIBLE

Poco después de la publicación de mi libro sobre la oración intercesora, una mujer me escribió: «Tengo un hijo que necesita el tipo de oración del que hablas en tu libro. Me gustaría mucho hablar contigo sobre él, si fueras tan amable de enviarme tu número de teléfono. Sería mucho más fácil contarte sobre su problema por teléfono. ¡Por favor, ayúdame! Una hermana en Cristo».

Unos días después recibí una llamada telefónica de ella. Me explicó que ella y su marido tenían un hijo de 32 años llamado Henry, que a los 20 años aparentemente había perdido casi todas sus facultades mentales debido al consumo de drogas. Desde entonces no ha podido cuidar de sí mismo. Se sentaba en una silla durante tres horas seguidas, fumando en silencio, y mirando fijamente a una pared. A veces los ojos de Henry seguían a su madre

mientras ella cocinaba o se movía por la cocina. El hijo no tenía noción del día o la noche, y cuando dormía, era sólo por períodos cortos. De vez en cuando se daba bofetadas con mucha fuerza en la cara, o en los brazos, o las piernas, hasta que se ponía negro y azul.

Cuando le decían que no se hiciera daño, Henry explotaba de rabia e insistía en que nadie debía hablarle. Se había dejado crecer el pelo hasta la mitad de la espalda, y se negaba a que nadie se lo cortara. El hombre parecía incapaz de reconocer ni siquiera a sus padres, y su habla era ininteligible. A veces hablaba consigo mismo con una serie de gruñidos. Sus padres consideraban que su estado era desesperado.

Después de haber escuchado a la señora Harvey (no es su nombre real) durante unos 20 minutos, comencé a preguntarme por qué me estaba pidiendo ayuda en una situación que parecía estar más allá de la ayuda de la ciencia médica. Entonces me di cuenta de que no era yo quien importaba aquí, sino Dios. La mujer estaba tratando de acercarse a Dios a través de mí. Tal vez el Señor podría usarme para guiarla hacia el Espíritu Santo y Su poder vivificante. Tal vez el Espíritu Santo estaba esperando

recrear las facultades mentales del hijo, exaltando así a Cristo, y fortaleciendo la fe de muchos.

En silencio, le pedí a Dios que bendijera mi mente con lo que debía decirle. Después de conversar con ella durante un rato, le aseguré que tomaría en serio el caso de Henry. Pondría su nombre en mi lista de oración, y oraría especialmente por él. Además, le pedí que me mantuviera informado periódicamente sobre su estado.

Pasó el tiempo y un día recibí una carta de ella diciéndome que Henry estaba empezando a mejorar. Su habla se había vuelto más clara y, para sorpresa de sus padres, le pidió a su madre que le cortara el pelo por primera vez en 16 años. La señora Harvey estaba eufórica, y dijo que la fe de ella y de su esposo se estaba fortaleciendo al ver que el Espíritu de Dios bendecía la vida de su hijo.

Ofreciendo mi propio agradecimiento a Dios, le señalé algunos incidentes bíblicos en los que el Señor había hecho cosas maravillosas por su pueblo. Sobre todo, enfatiqué el hecho de que Dios «anhela que nos acerquemos a Él por la fe. Anhela que esperemos grandes cosas de Él» (Palabras de Vida del Gran Maestro, pág. 146).

Unos meses después, Henry decidió dejar de fumar. Cuando anunció su intención, su madre pensó que, como había sido un fumador empedernido durante tantos años, no podría dejarlo. Ella había conocido a demasiadas personas que lo habían intentado y fracasado.

Pero para sorpresa de sus padres, Henry nunca volvió a tocar un cigarrillo. La señora Harvey esperó un mes antes de escribirme al respecto. Durante los siguientes seis o siete meses, me envió un informe mensual y, para mi alegría, ella y su esposo le dieron a Dios todo el crédito por todos los cambios en la vida de su hijo. Sin embargo, había algo que todavía la molestaba: Dios no estaba restaurando su mente como ellos habían esperado. Llegó otra carta. En ella, la señora Harvey admitía que su fe en el poder de Dios para ayudarlos estaba empezando a flaquear. Naturalmente, oré para que su fe no le fallara.

Cuando buscamos una bendición especial de Dios, la Biblia dice: «Pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1:6-7).

A eso de las once de la noche, no más de diez días después, la señora Harvey me llamó. Apenas podía hablar porque estaba llorando. Con una rápida oración silenciosa pidiendo ayuda, logré calmarla hasta el punto de poder entender lo que decía. Parecía que Henry se había vuelto inesperadamente violento, lanzando sillas por las ventanas, y amenazando con golpear a su padre. Tuvieron que llamar al departamento del sheriff, y hacer que llevaran al hijo a una institución mental. Ella me informó que había perdido toda esperanza de que su hijo mejorara. «Lamento decirle esto», dijo, «pero he perdido la fe en el poder de la oración, y ya no molestaré a Dios con mis necesidades».

Le dije que no se diera por vencida, y que redoblaría mis intercesiones por su hijo. Creía que su reacción violenta había sido provocada por las fuerzas de la oscuridad. Estaban tratando de hacernos dejar de orar por Henry. Antes de colgar, le dejé unos cuantos versículos de las Escrituras para que pensara. No pasaron muchos días hasta que volvió a llamar. Esta vez su voz vibraba de felicidad, mientras alababa a Dios por un poderoso milagro de la gracia divina. Henry estaba de regreso en casa sano de mente y cuerpo. Aunque no podía recordar nada de lo que había sucedido durante los últimos 12 años, estaba visitando a viejos amigos, vecinos, y parientes con su padre.

Cuando le pregunté a la señora Harvey cómo había sucedido, me dijo que su hijo se había despertado una mañana en la institución mental sintiéndose perfectamente bien. Los médicos lo encontraron mentalmente alerta, y después de un día o dos llamaron a sus padres para que vinieran a buscar a su hijo maravillosamente transformado.

«¡Gloria a Dios en las alturas!», grité por teléfono, y me alegré junto con ella por cómo Dios sigue demostrando su amor por nosotros.

CAPÍTULO 5: LA TRAGEDIA DE LAS CASAS DERRUMBADAS

Una plaga espiritual ha estado devastando las vidas de hombres, mujeres y niños en todo el mundo. Afecta tanto a jóvenes como a ancianos, pero especialmente trae miseria a niños inocentes que no pueden siquiera empezar a entender por qué mamá y papá ya no pueden llevarse bien, y uno de ellos ahora se está mudando. En las últimas dos décadas hemos visto un clima que insensibiliza la mente a las responsabilidades de uno como cónyuge y padre. Satanás y sus ángeles están trabajando con todas las diversas fuerzas de la sociedad actual para destruir el afecto natural que el Creador sembró en cada ser humano. Permean nuestra cultura con imágenes sexuales, y exponen a todos a todo tipo de inmoralidad.

Hace mucho tiempo, Elena de White reveló cómo trabaja Satanás para destruir la familia y toda otra relación ordenada por Dios. «Satanás está usando todos los medios para hacer populares el crimen y los vicios degradantes. No podemos caminar por las calles de nuestras ciudades sin encontrarnos con llamativos anuncios de crímenes presentados en alguna novela, o que se van a representar

en algún teatro. La mente está educada para familiarizarse con el pecado.

«La conducta seguida por los viles se mantiene ante el pueblo en los periódicos del día, y todo lo que puede excitar la pasión se le presenta en historias emocionantes. Oyen y leen tantos crímenes degradantes, que la conciencia, antes tierna, que habría retrocedido con horror ante tales escenas, se endurece y reflexionan sobre estas cosas con un interés codicioso» (Patriarcas y profetas, pág. 459).

Hoy en día, la televisión y otros medios de comunicación han ofrecido canales adicionales para que Satanás haga su trabajo. En esta época, a menos que una persona haga constantes y determinadas peticiones diarias a Dios para que le ayude a permanecer puro de pensamiento, corazón y vida, hasta el individuo más auto disciplinado puede corromperse imperceptiblemente en su corazón, y caer de repente como un roble podrido. Permítanme ilustrarlo.

«Mi esposo y yo tenemos más de 50 años», me escribió un día una mujer, «hemos formado una familia, hemos trabajado duro para educar a nuestros hijos, y los hemos criado en la admonición del Señor. Nuestros hijos, ya

mayores, se han casado bien, y han formado hogares que están bajo la bendición de Dios. Yo siempre he estado comprometida con las actividades de la iglesia, y he disfrutado de servir al Señor. «Mi esposo fue el primer anciano de nuestra gran iglesia, y vivió lo que todos consideramos una vida ejemplar. Era considerado un pilar en la iglesia hasta hace unos seis meses, cuando se descubrió que había estado disfrutando en secreto de una revista de chicas, y de cintas de vídeo pornográficas.

«Sus malos intereses se revelaron de la siguiente manera. Unos amigos nuestros que viven en una zona rural habían tenido dificultades con su hija de 20 años, que asistía a una universidad comunitaria. Habían discutido el problema con nosotros, y acordamos que Reta (no es su nombre) podría vivir con nosotros, donde podría asistir a una universidad adventista.

«Todo iba bien hasta que una noche asistí a una reunión de Servicios Comunitarios que terminó una hora antes de lo habitual. Al llegar a casa, inesperadamente encontré a mi marido en la cama con Reta. Desde entonces todo ha sido como una pesadilla. «Mi marido se ha mudado a otra zona, sigue viviendo con esa chica de aspecto inocente, y acaba de informarme de que quiere el

divorcio. Es un hombre cambiado, pero no para mejor. Ahora no le importo yo, ni la iglesia, ni siquiera el hecho de que ha dañado la vida de muchas personas. Es una lástima que algo así haya sucedido en nuestras vidas. Habíamos llegado al punto en que ya no había que pagar la matrícula universitaria. No había problemas reales de los que preocuparse. Mi marido y yo habíamos podido reservar bastante dinero para nuestra jubilación, y estábamos deseando disfrutar de los años dorados de nuestras vidas.

«Lo que hace que me resulte tan difícil aceptar mi gran pérdida es que mi marido había sido un hombre de principios durante toda su vida. Yo lo consideraba tan sólido como el Peñón de Gibraltar, cuando se trataba de defender con firmeza lo correcto. Es triste decirlo, pero estaba equivocada.

«Nuestros dos hijos casados han dejado de ir a la iglesia, y eso ha traído gran angustia a las vidas de sus esposas y sus hijos.»

La mujer, después de darme más información sobre el problema, me pidió que orara por cada miembro de su familia. Está sufriendo, y se pregunta si podría haber hecho algo en oración para evitar semejante tragedia.

En otro caso, una esposa escribió cómo su marido de 60 años había tenido relaciones sexuales con su hija adoptiva de 17 años. Nuevamente, el marido se fue de casa y vive con la muchacha. Como diácono principal de su iglesia, sorprendió mucho a mucha gente con sus acciones. Su esposa se preguntaba si de repente se había vuelto mentalmente desequilibrado. Me pidió que orara por los tres involucrados, porque todavía quiere que su marido esté en el reino de Cristo. Y ella también, como tantas otras que han sufrido tragedias similares, se preguntaba si había una forma particular en la que ella podría haber orado para evitar que algo así sucediera en la vida de su marido.

Antes de explicar lo que llamo oración preventiva, quisiera decir que a lo largo de los años he sido un estudioso atento de la naturaleza humana. Siempre me ha interesado saber qué impulsa a una persona a hacer algo de lo que después se arrepiente profundamente. Durante 20 años trabajé en la venta de anuncios en las guías telefónicas (Páginas Amarillas). Año tras año volvía a llamar a los mismos empresarios, y ellos aprendieron a confiar en mí, y a menudo empezaron a confiarme sus problemas.

Por lo que me contaron sobre sus vidas, descubrí que, aunque un hombre haya sido educado para practicar el

autocontrol y ser temperante en todas las cosas, cuando los medios de comunicación, Satanás, o cualquier otra cosa comienzan a influir en su imaginación hacia una mujer atractiva, no pasará mucho tiempo antes de que esté dispuesto a arriesgarlo todo, a tirarlo todo a la basura, a entregarse a sus fantasías.

Un sacerdote espiritista me dijo una vez que los espíritus demoníacos pueden lanzar imágenes mentales a la mente de las personas, para influirlas en una dirección determinada. No sabemos cómo puede hacer esto Satanás, pero todos reconocemos que las influencias malignas, cualquiera que sea su origen, influyen en las personas. Si los hombres y las mujeres empiezan a pensar en esas sugerencias malvadas, pronto empiezan a crear en su mente una imagen brillante y emocionante de cómo sería si pusieran esa idea en práctica.

Cuanto más juega una persona con la idea o sugerencia, más poderosa y realista se vuelve. Pronto puede tomar el control de la mente, hasta el punto en que una persona se encontrará haciendo cosas que sabe que no debería hacer. Los espíritus demoníacos u otras influencias pueden tomar el control de la vida, hasta que nada en el nivel humano pueda romper el control.

Debido al poder engañoso del pecado, el cónyuge cristiano debe estar dispuesto a hacer oraciones preventivas serias, independientemente de cuán fiel haya sido el esposo o la esposa a sus votos matrimoniales. No importa cuán noble haya sido el cristiano, aún es posible caer. Incluso Satanás fue un ser sin pecado. Todos los días es bueno dar gracias a Dios por haber bendecido a un ser amado con gracia y fortaleza, por haberle impartido su divino amor compasivo. Sólo cuando una persona posee el amor de Cristo puede mostrar hacia otro ser humano las gracias celestiales que adornan el carácter de nuestro gran Redentor.

El cónyuge que desea pasar la eternidad con su marido, así como tenerlo en la vida presente, debe asegurarse la influencia estabilizadora del Espíritu Santo, ese gran poder divino que es el único que puede impartir pureza de pensamiento, corazón y vida. Si bien Dios nunca obliga a nadie a hacer nada contra su voluntad, Él, debido a los méritos de la sangre que Cristo derramó en la cruz, hará todo lo posible para proteger y conducir a la persona hacia la salvación. Cristo nos dice que siempre debemos «orar unos por otros».

En los últimos años, me han llegado muchas cartas de esposos y esposas que tienen matrimonios inestables. Después de haber compartido con ellos estos principios, el Espíritu de Dios les ha otorgado a sus cónyuges las gracias de la redención, y ha solidificado su unión en Cristo. Nada puede ser más gratificante que escuchar de nuevo de esas mismas personas cómo el Señor los ha bendecido de maneras alegres y sorprendentes.

PERDIDO Y ENCONTRADO

He aquí una ilustración sobresaliente de cómo la influencia estabilizadora del Espíritu Santo puede restaurar a individuos espiritualmente descarriados.

Poco después de que saliera de imprenta «Respuestas increíbles a la oración», recibí una carta de una mujer cuyo marido la había abandonado hacía casi cuatro años. Le impresionó especialmente el hecho de que antes de orar por una persona que no sirve a Dios, pido primero que el Padre apropie los méritos de la sangre de Cristo para la persona necesitada, siempre consciente de que la redención de esa persona ya ha sido pagada.

«Cuando leí en su libro que podemos orar para que el Señor perdone los pecados de los demás», dijo, «quedé

asombrada y comencé a orar por mi esposo con nueva fe y esperanza».

Dijo que ella y su marido tenían treinta y tantos años, tenían buenos trabajos y buena salud, y esperaban un futuro brillante. El hombre trabajaba para una corporación multinacional y hablaba tres idiomas, lo que lo impulsó rápidamente a ascender en la jerarquía corporativa.

«Al poco tiempo, las exigencias del trabajo empezaron a obligarlo a ausentarse de su casa durante varios días. No pasó mucho tiempo antes de que el lujoso estilo de vida del mundo corporativo comenzara a dejar huella en él. Incluso su carácter estaba cambiando, pues se volvió muy crítico conmigo, y parecía buscar ocasiones para discrepar de casi todo lo que yo decía.

«Él empezó a criticar a la iglesia y a su gente, y llegó un momento en que me encontré yendo sola a la iglesia. Con el tiempo, él empezó a usar joyas caras, y no mucho después me di cuenta de que estaba fumando. Y cuando lo trajeron a casa borracho después de una fiesta de Navidad, añadió más decepción a mi declaración de que también estaba teniendo una aventura con su secretaria.

«Nuestro hogar se convirtió en un lugar de discordia y de intranquilidad. En ese momento agradecí al Señor que

no tuviéramos hijos que pudieran ser destrozados por la terrible discordia. Hice todo lo que pude para que buscáramos la ayuda de un consejero adventista del séptimo día, pero fue en vano. De hecho, él se fue y me culpó a mí por destrozarnos nuestro hogar».

En una conversación telefónica, me contó que no había sabido nada de él durante casi dos años. Luego se enteró de que estaba en serios problemas con su empleador. Había tomado varias decisiones que habían hecho que la corporación perdiera grandes cantidades de dinero. Al poco tiempo, la empresa lo despidió, y él se fue de la zona, por lo que ella perdió su rastro. Su experiencia en la corporación multinacional ahora le hacía imposible obtener un empleo similar, lo que lo llevó a beber en exceso.

Más tarde, se enteró de que había probado el juego y que había tenido éxito durante un tiempo. Después, se metió en el mundo de las drogas, lo que le hizo perder el control de su vida y de todo lo que poseía. Pensó en suicidarse, «pero descubrió que no tenía lo necesario para llevar adelante su plan. Lo más impactante para su hombría fue darse cuenta de que era una especie de cobarde», me dijo su esposa.

Mientras tanto, ella adquirió una copia de mi libro, lo leyó y quedó especialmente impresionada con el capítulo «Orando por los impíos y los malvados». Me escribió para preguntarme si me uniría a ella en oración por su esposo, que esperaba que todavía estuviera vivo. Le respondí para asegurarle que el Espíritu Santo seguramente ministraría las gracias de la redención al hombre, mientras ella y yo buscábamos la ayuda de Dios. Elena de White nos dice que Satanás y sus ángeles están «redoblando sus esfuerzos para derrotar la obra de Cristo en favor del hombre, y para atrapar a las almas en sus trampas. Mantener a la gente en tinieblas e impenitencia hasta que termine la mediación del Salvador y ya no haya más sacrificio por el pecado, es el objetivo que tratan de lograr» (El conflicto de los siglos, pág. 518). Pero también nos recuerda una y otra vez que Dios busca terminar con esa esclavitud.

Sabiendo lo que tanto los demonios como Cristo estaban decididos a hacer en la vida de este hombre, me afiancé en mi determinación de que Satanás no se saldría con la suya, sino que Cristo sí. Con este hombre, como con todos los demás por los que oro, confié en el poderoso poder del Espíritu Santo para dominar y dejar inoperantes a los enemigos de Jesucristo, y a todos aquellos a quienes Él está decidido a salvar.

Le aseguré a la mujer que pondría su nombre y el de su marido en mi lista de oración perpetua. Diariamente y sin falta los presentaría ante Jesús. Sólo le pedí que me mantuviera informado de lo que sucedía en sus vidas.

Pasó un año aproximadamente. Una noche, apareció en las noticias de la televisión nacional, donde entrevistaban a un grupo de personas sin hogar de una ciudad lejana. La gente vivía en la parte trasera de una fábrica abandonada, bajo un paso elevado de la autopista. El estado quería demoler sus chabolas y trasladarlas a otro lugar. Mientras cocinaba, oyó una voz familiar. Al darse la vuelta, vio a su marido en la pantalla. Si no hubiera hablado, nunca lo habría reconocido. Llevaba barba y el pelo largo que le caía por la espalda y, según dijo, «parecía un vagabundo. Daba pena verlo».

Cuando él le dijo que obtenía la mayor parte de su comida de los cubos de basura que había detrás de los restaurantes, ella rompió a llorar. Le partió el corazón. A pesar de su profundo dolor, estaba agradecida de que él todavía estuviera vivo, y ese hecho le dio esperanzas de que vendrían cosas mejores. Al día siguiente se puso en contacto con la cadena de noticias, y se enteró de dónde se había hecho la entrevista. Tras organizarse para tener

un tiempo libre en el trabajo, comenzó a buscar a su marido. Pero algún tiempo después, mientras conducía su coche entre chozas y maquinaria vieja y averiada para llegar a un grupo de hombres que se calentaban junto a un fuego en un barril de acero, empezó a preocuparse por su seguridad, y se aseguró de que su coche estuviera bien cerrado.

Uno de los hombres le dijo a qué choza debía ir, añadiendo que no tenía puerta. Para llegar a la entrada, tendría que abrirse paso entre un gran trozo de lona pesada y la choza. La mujer encontró a su marido en su choza de 2,5 x 3 metros, tendido sobre una pila de cajas de cartón rotas de unos 50 centímetros de altura, que utilizaba para aislarse del frío del pavimento. Cuando él se levantó para dejar entrar un poco más de luz al lugar, ella se arrojó a sus brazos y le dijo: «¡Nunca te dejaré ir!». Atónito por su acción, él repetía una y otra vez: «Por favor, déjame ir. Estoy sucio, estoy asquerosamente sucio».

Era finales de otoño en aquella lejana ciudad del este, y estaba nevando levemente. Como tenía frío, ella lo invitó a sentarse con ella en el coche. Se negó a entrar en el coche para no ensuciarlo, y se quedó de pie junto a la puerta mientras ella mantenía la ventanilla parcialmente

bajada. Mientras la nieve seguía cayendo, pronto se asemejó a un muñeco de nieve.

¿Se sentaría él en el coche si ella cubría el asiento con una manta?, preguntó. Cuando él dijo que sí, ella se marchó y regresó 45 minutos después con una manta para el coche, y una gran cantidad de comida caliente de un restaurante de comida rápida. Verlo darse un festín con lo que él consideraba comida digna de un rey le trajo alegría al corazón. En silencio, envió una melodía de alabanza a Dios por haber devuelto a su marido a su vida. Creía que Dios estaba respondiendo maravillosamente a sus oraciones.

Tuvieron que pasar una semana entera hablando con él antes de que aceptara volver a vivir con ella. Ella descubrió que cuando la vida de una persona se ha deteriorado hasta el punto en que él se había deteriorado, sólo una gracia divina especial puede transformarla nuevamente.

Cuando al final del primer día no había logrado sacarlo de su choza, regresó a su motel. Esa noche oró mucho y buscó orientación especial sobre cómo manejar la situación. Deseaba desesperadamente que él volviera a tener una vida normal. Como me dijo más tarde, volvió a

leer grandes porciones de «Respuestas increíbles a la oración», para fortalecerse en el poder y el amor de Dios. Luego, antes de retirarse a dormir, abrió su Biblia para buscar algo sobre lo que meditar. Al mirar la página de la derecha, sus ojos se posaron en las siguientes palabras:

«Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8:11).

«Eso es todo», se dijo a sí misma. «La mente de mi marido necesita ser recreada por el poder del Espíritu de Dios, para que vuelva a ser lo que era antes, al grado de cordura que poseía antes».

De rodillas, se fue a abrirle su corazón a Dios. Pasaron cinco días y todo parecía paralizado. Entonces, una idea entró en su mente: “Lo que mi esposo necesita es escuchar acerca del poder y el amor de Dios que obran a favor de las personas en estos tiempos modernos. Le leeré fragmentos del libro de Morneau”.

Así lo hizo, y Dios comenzó a obrar a través de esas débiles palabras. Poco a poco, él comenzó a responder al Espíritu y a sus sugerencias de que ella y él aún podrían tener un futuro brillante juntos, si ponía a Dios en primer

lugar en sus vidas. «No podía evitar que las lágrimas me corrieran por el rostro mientras lo escuchaba hablar, y me di cuenta de que el Espíritu Santo estaba trayendo a mi esposo de entre los muertos. Había muerto espiritualmente, y ahora estaba vivo de nuevo, contándome el gozo que una vez tuvo al servir a Dios».

Entonces ella recibió la sorpresa de su vida cuando él le dijo: «Está bien, Linda (no es su nombre real). Acepto tu invitación para que vivamos una vez más como marido y mujer. Eso si tu empresa te puede transferir a una ciudad donde nadie nos conozca. Yo no podría enfrentarme a personas que me conocieran en el pasado. Mientras tanto, me harás quedarme a unos cuantos kilómetros de la ciudad, ¿no es así?». Una vez más ella le aseguró que haría todo lo que le había prometido antes. Le tomó un par de días más convencerlo de que fuera a una peluquería, a tiendas de ropa, y se aseara para poder vivir como una persona normal una vez más.

Así fue como, gracias a la poderosa intervención del Espíritu Santo, Linda consiguió que la trasladaran a otra ciudad y, para su gran sorpresa, se trató de un ascenso que implicaba un aumento salarial sustancial. Ahora, ambos viven felices juntos en el Señor. Según ella, el camino

cristiano de ambos ha madurado bajo el cuidado del Espíritu de Dios.

Personas privadas, Linda me había pedido en cierta ocasión que nunca le contara a nadie la experiencia de su esposo. Yo había prometido acatar sus deseos. Sin embargo, más recientemente comencé a sentir que debía pedir permiso para incluirla en este libro como un medio para exaltar el amor y el poder de nuestro Salvador. Ellos estuvieron de acuerdo, siempre y cuando no mencionara sus nombres ni dónde habían ocurrido los hechos. ¡Creo que su experiencia da gloria a Dios en las alturas!

CAPÍTULO 6: UN MINISTERIO DE ORACIÓN

Tal vez la pregunta que más me hacen las personas es: «¿Cómo puede una persona iniciar un ministerio de oración exitoso y mantenerlo? ¿Un ministerio que me permita ver realmente respondidas mis oraciones?».

He descubierto cinco pasos a seguir que han demostrado que traerán el poder de Dios a las vidas de aquellos por quienes oramos.

Paso 1: La clave para cualquier ministerio de oración exitoso comienza con una relación más cercana con Jesús. Él es el principal ganador de almas, y anhela ayudar a cada uno de nosotros a participar en su misión. Para mí, esa relación con Jesús comienza tan pronto como abro los ojos por la mañana, incluso antes de levantarme de la cama. Mi oración matutina es algo así:

«Preciado Jesús, Señor de la gloria, miro hacia el Lugar Santísimo del santuario celestial donde estás ministrando en nombre de la humanidad caída, y busco de Tu mano al comienzo de este día, una unción fresca de Tu amor y gracia.

«Como bien sabes, Señor, mi naturaleza caída es tal que, si me dejo llevar por mí mismo, sólo produciré toda clase de malas acciones que me conducirán a la destrucción eterna. Por eso, te pido, Señor, que me apropiés en este momento los méritos de la sangre que derramaste en el Calvario para la remisión de los pecados.

«Deseo que me moldees, que me formes, que me eleves a una atmósfera pura y santa, donde las ricas corrientes de Tu amor puedan fluir a través de mi alma, y a su vez bendecir a aquellos que encuentre en esta tierra de Tu enemigo.

«Te ruego, precioso Redentor, que tu Espíritu Santo descanse sobre mí, y habite en mí este día, y me haga semejante a ti en carácter. Gracias por estar atento a mis oraciones. Amén.»

Después de levantarme y atender mis necesidades matinales, como sacar al perro a pasear, etc., tengo mis devociones. Generalmente consisten en leer la Biblia y algún otro material inspirador que me lleve a una conversación adicional en oración con Jesús. Sólo entonces presento ante Él mi lista de oración (que a esta altura ya ha llenado un libro de registro de 150 páginas).

Cada nombre de la lista va acompañado de una descripción de sus necesidades. Si bien es imposible mencionar a cada persona individualmente, cada día presento a un gran número de personas por su nombre, a medida que el Espíritu de Dios me los trae a la atención. Pero oro por las grandes necesidades espirituales de todo mi pueblo, de la misma manera en que creo que el apóstol Pablo oró por los miembros de la iglesia de Éfeso (véase el capítulo 4).

Después del desayuno hablo en oración con mi Padre celestial, alabando su nombre y dándole gracias por las infinitas misericordias que ha derramado sobre las vidas de aquellos por quienes he estado orando. Aprecio y agradezco a Dios el hecho de estar jubilado y, por lo tanto, tener tanto tiempo para llevar adelante mi ministerio de oración.

Paso 2: Para construir un edificio que pueda resistir la prueba del tiempo es imprescindible tener una base sólida. El mismo principio se aplica al ámbito espiritual. Para construir una confianza inquebrantable en Dios y en el poder de su Espíritu Santo, debemos memorizar la Palabra de Dios. Debemos llenar nuestra mente con pasajes de las Escrituras que nos alienten, inspiren, eleven y, sobre todo,

atraigan nuestro corazón hacia Él. Al hacer esto, abrimos el camino para que el Espíritu Santo nos los traiga a la mente más tarde en momentos de necesidad. La Palabra de Dios es una vía divina de poder y vida.

Hablo aquí por experiencia. Durante los últimos 46 años, he llevado en el bolsillo de mi chaqueta trozos de papel en los que he copiado versículos de las Escrituras para memorizarlos durante mi tiempo libre. Durante ese tiempo, he aprendido de memoria más de 2.200 versículos, enriqueciendo inconmensurablemente mi vida espiritual. Te invito a que te sumerjas en las Escrituras. Si lo haces, producirás oraciones que rendirán grandes dividendos en las almas.

Paso 3: El amor compasivo motivó a Cristo a venir a este planeta rebelde y dejar que hombres malvados lo clavarán en una cruz, todo para poder obtener la vida eterna para cada uno de nosotros. «El que con una orden podía traer a la hueste celestial en Su ayuda, el que podía haber alejado a la multitud aterrorizada de Su vista con el destello de Su divina majestad, se sometió con perfecta calma al más grosero insulto y ultraje» (El Deseado de todas las gentes, pág. 734).

En otras palabras, Cristo tenía un amor sin límites por sus hijos. Jesús era una persona bondadosa en el sentido más amplio de la palabra. Él quiere que tú y yo compartamos esa misma compulsión. Necesitamos orar con la mayor intensidad y el mayor deseo posibles para que Él nos dote de esa misma fuerza motivadora.

Paso 4: Para orar por los demás, es absolutamente necesario que tengamos una fe viva. La declaración de Cristo: «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8) sugiere que puede ser una experiencia poco común durante los últimos días, pero la oración exitosa por los demás es imposible sin ella.

Al leer los cuatro Evangelios, pronto nos damos cuenta de que la medida de los milagros que Cristo podía hacer por los demás dependía de la cantidad de fe que ejercían. Por ejemplo, la Biblia nos dice que dos ciegos siguieron a Jesús pidiendo misericordia para ellos. Mateo 9:29, 30 declara: «Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y se les abrieron los ojos».

Mateo 4:23, 24 nos dice que «Recorría Jesús toda Galilea, sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas

enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y parálíticos; y los sanó.»

Por otro lado, las personas con un bajo nivel de fe en realidad se privaron de bendiciones. Mateo 13:58 nos recuerda que «no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos». Lo mismo sucede con nuestras oraciones por los demás: debemos buscar y mantener un alto nivel de fe.

Paso 5: El perdón marca la diferencia. Vivimos en una época en la que las personas no encuentran respuesta a sus oraciones porque no le han pedido primero a Dios que perdone sus propios pecados. Mi práctica firme es no orar nunca por una persona a menos que levante mi corazón a Dios de esta manera:

«Querido Padre celestial, en el nombre del Señor Jesús, por favor perdóname si te he ofendido en pensamiento, palabra u obra. Sé, Señor, que tu mano no se ha acortado para salvar, ni tu oído se ha endurecido para oír, pero me doy cuenta de que nuestras iniquidades y pecados pueden separarnos de ti y de tus ricas bendiciones. No puedo permitirme estar separado de ti ni siquiera por un momento, así que por favor arregla todo entre tú y yo, te ruego».

Un gran número de cristianos mencionaron en sus cartas y llamadas telefónicas que sus oraciones parecían no llevar a ninguna parte. Me preguntaron cuál creía yo que era el problema. Primero traté de ayudarlos preguntándoles sobre su vida cristiana, pero ese enfoque parecía ser un callejón sin salida. Finalmente, le pedí al Señor que el Espíritu Santo me ayudara a entender el problema. Antes de irme a la cama esa noche en particular, abrí la Biblia para meditar sobre algo antes de quedarme dormido. Cuando la abrí, vi el Padrenuestro. Sin embargo, no me detuve allí, sino que continué leyendo. «Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:14, 15).

Inmediatamente se me ocurrió que la actitud no perdonadora de algunas personas podría estar bloqueando el camino de las bendiciones de Dios. Desde entonces he ayudado a muchas personas preguntándoles si tienen alguna dificultad para perdonar las faltas de los demás, o los errores que esas personas puedan haber cometido.

Una mujer se preguntaba por qué sus oraciones parecían tan ineficaces. Cuando le mencioné esta posible actitud, inmediatamente afirmó que ese era su problema. «De hecho», dijo, «es una característica que se transmite en nuestra familia. Siempre recordaré a mi abuelo diciendo: "Si alguien te hace algo que te hace daño, no te enojas, simplemente espera la oportunidad adecuada y desquítate de esa persona". Luego admitió que solo un milagro de Dios en su vida le permitiría perdonar a los demás.

Unos seis meses después, volvió a llamar, pero esta vez su voz estaba llena de alegría mientras contaba cómo Dios le había dado la capacidad de perdonar verdaderamente a los demás, y que ahora sus oraciones estaban produciendo hermosos resultados.

Durante los últimos años he recibido cartas de todo el mundo contándome cómo el Espíritu de Dios ha bendecido las vidas de quienes han estado leyendo «Respuestas increíbles a la oración», y de aquellos por quienes han estado orando. A continuación, se incluyen algunos extractos de esas cartas. No las ofrezco para ensalzarme a mí mismo, sino para mostrar lo que Dios puede hacer incluso a través de los más humildes de sus

siervos. Dios está en todas partes buscando canales para derramar su bendición y gracia sobre quienes nos rodean.

UNA PAREJA MISIONERA EN ÁFRICA

«Durante la sesión de la Conferencia General de 1990, mi esposo encargó un ejemplar de su libro, ya que la primera edición se había agotado. Nos decepcionó no poder llevárnoslo de vuelta en ese momento.

«Llegó en enero, justo en el momento en que yo personalmente necesitaba el tipo de ayuda que se encuentra en sus páginas. A través de ella, el Espíritu de Dios me trajo paz interior, el tipo que viene sólo cuando contemplamos la grandeza de Dios, su asombroso amor que interviene incluso en las necesidades más pequeñas de nuestras vidas, y sostiene nuestra fe para que nuestros 'pasos no resbalen' (Salmo 17:5).» Los dos párrafos anteriores han sido traducidos de una carta de tres páginas escrita en francés. Mi respuesta trajo otra carta unos dos meses después.

«Todos los días nuestros corazones rebosan de gratitud hacia Dios por las victorias que vemos en las vidas de aquellos por quienes oramos», escribió la mujer. «El hecho de que estemos viendo que se están produciendo

transformaciones de este tipo en las vidas de muchas personas nos acerca a nuestro Redentor».

DESDE SUDAMÉRICA

«Querido hermano Morneau:

«Realmente no sé cómo empezar, ya que tengo tanto que contarte. Permíteme primero alabar y agradecer a nuestro Padre celestial por transformar tu vida... Te agradezco por haberle permitido usarte de maneras tan maravillosas, y por haber escrito «Respuestas increíbles a la oración» para que las vidas del pueblo de Dios pudieran ser alentadas y bendecidas en estos tiempos difíciles. «He leído tu maravilloso libro tres veces, y ahora estoy leyendo ciertas porciones diariamente. Cada vez el Señor me enseña algo más maravilloso. Tu libro está ayudando a muchas personas a aprender a orar de manera más efectiva, y a ver sus oraciones por otros respondidas de maneras que antes no habían imaginado.

«Muchas cosas han llamado mi atención al leer su obra. Una en particular es la bondad y fidelidad de Dios al honrar a quienes lo honran. Me asombra lo que el Señor puede hacer cuando una persona entrega su corazón a Jesús y vive para honrarlo.

«Permítanme decir una vez más que no tengo palabras para expresar mi gratitud al Señor y a ustedes por tan maravilloso libro». Lo mismo se puede decir de todos aquellos que oran por otros. Dios anhela que cada uno de nosotros le dirijamos nuestras oraciones para que Él pueda usarlas para traer la bendición eterna de la salvación a este mundo.

CAPÍTULO 7: PROTEGIDO DE LOS ESPÍRITUS DEMONÍACOS POR EL PODER DE LA ORACIÓN

Vivimos en tiempos difíciles. De hecho, nos estamos adentrando en ese gran «tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente» del que habló el profeta Daniel (Daniel 12:1). La angustia y la perplejidad asolan a personas de todos los ámbitos de la vida. El miedo se apodera de muchos, pues sólo ven un futuro sin esperanza. También vivimos en un mundo que cambia rápidamente. Cosas que hace apenas unos años parecían imposibles, como la caída del Muro de Berlín y la redefinición del mapa de Europa, ahora son historia pasada. La disolución de la ex Unión Soviética ha tomado por sorpresa a los líderes mundiales.

Mientras los problemas de la vida en el mundo actual ocupan la mente de las personas, los ángeles de Satanás están redoblando sus esfuerzos para «derrotar la obra de Cristo en favor del hombre y atrapar a las almas en sus trampas» (El conflicto de los siglos, pág. 518). El objetivo principal del diablo es hacer que las personas pierdan la vida eterna, y se toma su trabajo muy en serio. «Mantener

a las personas en la oscuridad y la impenitencia hasta que termine la mediación del Salvador y ya no haya más sacrificio por el pecado, es el objetivo que busca lograr» (CS 518). Es triste decirlo, pero si los cientos de cartas que he recibido pidiendo oración por seres queridos que se han extraviado en la inmoralidad son una indicación, me veo obligado a concluir que Satanás está teniendo un gran éxito.

Vivimos en tiempos singulares, y Dios está buscando en Su pueblo que guarda los mandamientos individuos a quienes pueda usar para ayudar a concluir Su misión en la tierra. Él necesita un poderoso ejército de personas que oren, hombres y mujeres que entiendan las reglas de juego en el conflicto entre el bien y el mal. Dios quiere a aquellos que entiendan que la oración no es algo para persuadir a un Dios renuente a que nos ayude aquí en la tierra, sino que se den cuenta de que Dios y Sus ángeles no tienen ningún derecho legal a los ojos de los ángeles y habitantes de los mundos no caídos para entrar en el dominio de Satanás a menos que nosotros, como cautivos del diablo, aleguemos los méritos de Cristo como la razón por la que los seres humanos deben recibir ayuda divina.

Tal vez una experiencia que tuve cuando era adorador de espíritus hace muchos años pueda ilustrar este hecho. Un sacerdote satanista se jactó ante mí de cómo Satanás había obligado al Creador a abandonar el dominio recién adquirido del diablo. El hombre dijo que Satanás declaró que tal exigencia era su derecho legal ante el universo y que el diablo había obtenido su deseo.

«En aquel momento», dijo el sacerdote, «el maestro Satanás afirmó que él y sus ángeles se harían invisibles también para los seres humanos, dejando así a la gente libre para vivir su vida como quisieran. Argumentó enfáticamente que la única manera justa en que las fuerzas sobrenaturales pueden influir en la conducta humana debe ser mediante la proyección de imágenes mentales en las mentes individuales». No sé hasta qué punto se puede creer lo que dijo el sacerdote, pero mucho de lo que me dijeron los espiritistas tenía sentido y, de hecho, me ayudó a tomar una decisión por Cristo unos meses después.

Dios busca personas bondadosas que estén dispuestas a reflejar el carácter de Cristo. «El amor a Dios, el celo por su gloria, y el amor por la humanidad caída trajeron a Jesús a la tierra para sufrir y morir. Este fue el poder que controló

su vida. Él nos invita a adoptar este principio» (El Deseado de todas las gentes, pág. 330).

Jesús, en su existencia humana sobre la tierra, demostró su gran preocupación por cada ser humano. A veces pasaba noches enteras en oración por ellos. Lo que veía en todas partes del mundo lo impulsaba a la oración. «El Hijo de Dios, mirando al mundo, vio el sufrimiento y la miseria. Con compasión vio cómo los hombres habían sido víctimas de la crueldad satánica. Miró con compasión a los que estaban siendo corrompidos, asesinados y perdidos» (DTG p. 36). No es extraño que pasara cada momento orando por la salvación de la raza humana.

Las razones que impulsaron a Cristo a orar por los demás todavía existen hoy, y deberían impulsarnos a buscar la ayuda del Espíritu Santo para luchar en las batallas espirituales de las personas contra las fuerzas de las tinieblas. Después de todo, como escribió el apóstol Pablo: «No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12). Cada uno de nosotros está involucrado en la lucha incesante entre las fuerzas del bien y del mal. Me familiaricé

con este conflicto después de mi conversión de la adoración a los espíritus hace casi cinco décadas. Pero a través de los años he visto a los poderes de las tinieblas perder su control sobre las vidas de un gran número de personas, mientras oraba diariamente para que Dios se apropiara de los méritos de la sangre de Cristo para ellos. Él ha honrado mis oraciones al hacer que el Espíritu Santo aleje continuamente a los espíritus demoníacos, o proteja a los hombres y mujeres de su control.

«La súplica ferviente y perseverante a Dios en la fe... es lo único que puede hacer que los hombres reciban la ayuda del Espíritu Santo en la lucha contra los principados y las potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, y contra los espíritus malignos de las regiones celestes» (DTG p. 431). Para ilustrar cómo estas personas son «guardadas por el poder de Dios mediante la fe», me gustaría contarles una experiencia que tuve en 1991. Cuando recibo un paquete de cartas, primero las miro rápidamente, y luego leo la que más me llama la atención. El 3 de junio de ese año recibí una que tenía la palabra «Urgente» escrita en la esquina inferior izquierda del sobre. La leí inmediatamente.

«Me gustaría mucho hablar contigo», me dijo la escritora, una mujer a la que llamaré Norma White. «Estoy segura de que estás inundada de llamadas telefónicas y cartas, como me dijo una secretaria editorial de la Review and Herald Publishing Association cuando le pregunté por tu dirección.

«Soy una cristiana adventista del séptimo día que ama profundamente al Señor. Hace un año, en enero pasado, comenzaron a sucederme cosas inesperadas y extrañas, ya que fuerzas sobrenaturales trajeron gran angustia a mi vida, incluso al punto de atacarme físicamente. No pude obtener ayuda de mi pastor, ya que este es un tema que los ministros evitan.

«Pero cuando leí tus maravillosas experiencias con la oración de intercesión, en mi corazón surgió una esperanza eterna y decidí ponerme en contacto contigo. Si tienes tiempo, me gustaría mucho hablar contigo. Mi número de teléfono es...»

Tan pronto como terminé de leer la carta de la Sra. White, abrí inmediatamente mi Biblia en el relato de Mateo sobre la Crucifixión, coloqué la carta sobre la Biblia abierta, y luego imploré al Altísimo que hiciera suya la sangre de Cristo para esta víctima de la crueldad satánica. Esa noche

la llamé por teléfono y me dio una visión general de la situación.

Para empezar, me contó que había trabajado para la denominación Adventista del Séptimo Día durante más de 36 años. Su marido había fallecido tras una enfermedad de tres semanas hacía apenas unos años, y ella había seguido viviendo sola en su casa. Le pregunté cuándo habían empezado a afligirla los espíritus demoníacos. Me contó parte de su historia, y la completó en una carta de ocho páginas al día siguiente. Citaré un fragmento de esa carta.

Al parecer, había estado dando estudios bíblicos a un «caballero que sentía un gran apego por sus seres queridos que habían fallecido. Como cristiana, lo animé a aceptar a Cristo como su Salvador personal, pero sin éxito».

Por la voz de la mujer en el teléfono, me di cuenta de que a Norma le incomodaba hablar de sus experiencias, pero le expliqué que la única manera en que podía ayudarla era conociendo los detalles de su experiencia. Así, en su carta, ella explicó que «por las noches comencé a oír ventanas y puertas que se abrían y cerraban. Oía pasos como los de un hombre que subía y bajaba la escalera. Además, una densa oscuridad me rodeó por un tiempo, y durante meses sufrí acoso y opresión, con la amenaza de

que moriría debido a mi gran interés en Henry, el hombre al que ella le estaba dando estudios bíblicos para la salvación...

«Una noche, a las tres de la madrugada, me desperté sin previo aviso, y sentí como si me hubieran sacudido de arriba abajo en la cama. Una densa oscuridad me envolvió momentáneamente. Entonces, sacudida violentamente, clamé a Jesús para que me salvara. En ese mismo instante, el terrible temblor se detuvo.»

De alguna manera, tuve la impresión de que su problema actual no se centraba en Henry, el alumno de su estudio bíblico. Cuando le pregunté si conocía otras razones por las que los espíritus pudieran estar molestándola, me contó una segunda experiencia.

«Una señora que conozco bien me pidió que la sustituyera cuidando a una mujer ciega dos días a la semana... También tuve que dormir allí durante cinco semanas. Me sentí muy incómoda durante ese tiempo. Dos días después de terminar allí, los problemas comenzaron de nuevo, desde noviembre hasta abril.

«Esta vez casi me desmayé, pero una querida amiga manejó 200 millas para llevarme a su casa. Un domingo por la mañana vi el programa Quiet Hour. El anciano

Tucker habló con amor del sacrificio de nuestro Señor en la cruz del Calvario. Cuando me arrodillé para agradecer a Dios por su gran amor y sacrificio, el temblor terrible comenzó de nuevo. Al instante oré para que Jesús me salvara, y el temblor se detuvo al instante.

»Seguí ayudando a la mujer ciega. Tenía un botón en su teléfono que me llamaba automáticamente, y yo estaba feliz de hablar con ella y animarla. Sus llamadas se convirtieron en algo cotidiano.

«A veces me sentía agotada y exhausta después de nuestras conversaciones. Luego, después de un tiempo, ella se volvió muy posesiva conmigo, y parecía que estaba tratando de controlar mi vida. Cuando la extraña oscuridad comenzó a aparecer después de que hablé con ella, terminé mi relación con ella».

Mientras Norma conversaba conmigo por teléfono, comentaba: «Me pregunto por qué Jesús permite que los espíritus regresen». Toda la serie de experiencias la desconcertó. Le expliqué que «Satanás está tratando de vencer a los hombres hoy en día, como venció a nuestros primeros padres, haciendo tambalear su confianza en su Creador» (El conflicto de los siglos, pág. 534).

Un fenómeno que la perturbó especialmente fue el hecho de que los espíritus comenzaban a oprimirla en la iglesia. «Mientras estaba sentada en la iglesia, sentí como si me pusieran una camisa de fuerza apretada, y me quitaran la respiración. Inmediatamente salí del templo y oré en voz alta para que Jesús me ayudara». A partir de ese momento, naturalmente, se sintió cada vez más reacia a asistir a la iglesia, ya que la opresión se produjo dos veces más. «¿Por qué los espíritus malignos me oprimen a mí y no a otras personas?», se preguntó. «¿Por qué tendría lugar una experiencia así en mi vida? Siempre he vivido para Dios. ¿Y por qué Jesús permite que los espíritus regresen? Simplemente no puedo entenderlo». Concluí que de alguna manera había sido tocada por lo que yo llamaría una mancha de contaminación de espíritus malignos, es decir, algo había abierto el camino para que los espíritus demoníacos tuvieran acceso a ella. ¿Alguna vez Henry o la mujer ciega le habían dado algo que ella pudiera tener todavía en su posesión? «Sí», dijo, pensando un momento, «tengo un regalo de cumpleaños, una Biblia y un par de objetos más que me dio la señora ciega». Le sugerí que se deshiciera de ellos, ya que parece un principio de comportamiento espiritual que tienen acceso a una persona, si esa persona mantiene ciertos objetos

asociados con ellos en su posesión. Le sugerí que los pusiera en el garaje hasta que pudiera deshacerse de ellos de forma más permanente.

En cuanto a su pregunta de por qué los espíritus la habían elegido para oprimirla, le dije que muchas otras personas estaban teniendo experiencias similares, y que tales manifestaciones sobrenaturales se harían cada vez más frecuentes justo antes de que el conflicto entre el bien y el mal llegara a su fin.

Le expliqué que estos fenómenos sobrenaturales habían sido comunes en el mundo occidental hasta hace un par de siglos, y que todavía lo eran en otras partes del mundo. Pero con el auge de la ciencia moderna, Satanás había decidido convencer a la gente de que él y sus ángeles no existían realmente. Gran parte del mundo occidental ha llegado a la conclusión de que lo sobrenatural es simplemente un producto de la imaginación. De esta manera, Satanás espera hacer que la Biblia parezca un cuento de hadas.

Respecto a su pregunta de por qué tales cosas le sucedían a una persona que había vivido una vida de temor a Dios, dije que mientras vivamos en este mundo

pecaminoso, ninguno de nosotros tiene garantía de que los enemigos de Cristo no nos ataquen también.

Los ángeles malignos seguían volviendo para acosarla porque Dios les permite el derecho de acercarse a cualquier persona que tenga algo asociado con ellos. Esa misma experiencia me había sucedido a mí. Durante seis meses después de que acepté a Jesús y abandoné la adoración a los espíritus, siguieron golpeando las puertas y las paredes de mi pequeño apartamento, tratando de restablecer el contacto conmigo. Cuando le mencioné el problema a mi pastor, me preguntó si todavía tenía algo en mi casa que hubiera estado asociado con la adoración a los espíritus. Cuando mencioné que tenía algunos libros en un estante del armario, me sugirió que me deshiciera de ellos. Después de que lo hice, el acoso sobrenatural cesó.

Después de repasar con la Sra. White lo que yo llamo mi «programa de recuperación de siete pasos» (material que doy especialmente a todas las personas que han entrado en contacto con los llamados ministerios de liberación, y que trataré en un próximo capítulo), la animé a que se aferrara a su fe en el Señor. Desde entonces ha vivido en la paz y el gozo que sólo el Espíritu de Dios puede

traer, ese mismo gran poder que Jesús utilizó durante su ministerio humano para echar fuera demonios (Mateo 12:28). Nos hemos mantenido en contacto por cartas y llamadas telefónicas, y cada vez que hablo con ella, me regocijo al percibir su personalidad vibrante. Me dice una y otra vez que encuentra una de las mayores alegrías en su ministerio de oración cuando es testigo de cómo Dios bendice a otros a través de él. A Norma le emociona especialmente ver matrimonios que alguna vez estuvieron en proceso de ruptura, ahora estables y felices. Se ha convertido en una persona sumamente solidaria y dedicada a las necesidades espirituales de las personas que conoce. Junto con aquellos por quienes ora, ella está siendo preservada por el poder de Dios, otorgado a través de la oración llena de fe.

UNA EXPERIENCIA HORROROSA

Una madre escribió acerca de una hija llamada Martha, que había estado afligida por una depresión mental que la había llevado a una crisis nerviosa. Apenas se había recuperado de eso, cuando comenzó a sufrir diversas fobias. Martha empezó a tener miedo a la oscuridad, miedo a conducir un automóvil, miedo a las alturas que nunca la habían molestado, y así sucesivamente. Todos sus

problemas parecían desafiar la ciencia médica. Los medicamentos que habían ayudado a otras personas resultaron inútiles con ella. Entonces sucedió algo inusual. En medio de la noche, una presencia invisible la despertaba sacudiendo su cama o haciendo otras cosas extrañas. Por ejemplo, las persianas de las ventanas de su segundo dormitorio se cerraban de repente hasta la parte superior de la ventana, al mismo tiempo y con un golpe aterrador. La madre se dio cuenta de que las fuerzas demoníacas estaban trabajando para destruir a su hija. Buscó la ayuda de los ministros adventistas, pero ellos se mostraron reacios a intervenir, excepto para decirle que orarían por Martha.

Poco después, Martha se hizo con mis dos libros y, tras leerlos, no perdió tiempo en ponerse en contacto conmigo. Después de escuchar la historia, comencé a hacerle preguntas que esperaba me llevaran a lo que los espíritus estaban usando como medio para llegar a su hija. ¿Podría Martha haber estado involucrada en actividades sobrenaturales sin darse cuenta?

La madre, angustiada, dijo que se pondría en contacto conmigo en uno o dos días después de haber tenido la oportunidad de hablar con Martha. Efectivamente, la niña

mencionó que una de sus amigas de la escuela secundaria tenía una tabla Ouija, y la usaba para comunicarse con el supuesto espíritu de su prima muerta. El espíritu actuó de manera amistosa con Martha, hasta que un día la niña hizo un comentario sobre su educación religiosa. A partir de entonces, el espíritu se negó a responder a las peticiones de Martha. En lugar de eso, escribió cosas terribles que dijo que le sucederían a la niña.

Cuando escuché la historia, recalqué la importancia de que Martha pidiera a Dios que perdonara sus iniquidades. Dios considera que conversar con espíritus malignos por cualquier medio es lo más peligroso que se puede hacer. Insté a madre e hija a comenzar cada día con una oración, y a pedirle a Dios que se apropiara de los méritos de la sangre derramada de Cristo para la niña, y que el Espíritu Santo la rodeara con una atmósfera de luz y paz. Sólo entonces los espíritus demoníacos ya no tendrían acceso a ella. Además, le envié mi programa de recuperación de siete pasos. Pronto el Señor de la Gloria le dio a Marta la liberación completa de su opresión satánica.

CAPÍTULO 8: UN GRAN DESCUBRIMIENTO

En varias cartas, la gente me ha comentado que su vida de oración se ha convertido en una experiencia muy valiosa, y que han alcanzado una cercanía con Cristo que nunca habrían creído posible en esta vida. Las palabras varían, pero el tema es el mismo. Siempre respaldan sus afirmaciones contándome una o más de sus experiencias de oración. A continuación, se enumeran algunas de ellas.

Un hombre que vivía en una importante ciudad canadiense recibió un ejemplar de «Respuestas increíbles a la oración», y quedó tan satisfecho con lo que leyó que consiguió 50 ejemplares más y se los dio a sus parientes católicos y a un gran número de amigos. Entre ellos estaba su hija, que estaba casada con un industrial. El marido de la hija había estado bajo el cuidado de un médico durante algún tiempo, debido a un agotamiento inducido por el estrés.

La alta presión de su trabajo le había provocado úlceras, y a veces ataques de ira incontrolables. Su presión arterial había aumentado peligrosamente y le había

afectado el corazón. El médico del hombre le dijo a la esposa del ejecutivo que no viviría mucho tiempo, a menos que hiciera algunos cambios drásticos en su vida. La noticia entristeció a la mujer hasta que recordó una declaración que había leído en la página 84 de «Respuestas increíbles», apenas unos días antes. Allí había dicho que el Señor Jesús es un «experto en salvación, especializado en casos desesperados». Ella entendió que la declaración también significaba que el Señor era un solucionador de problemas de la más alta magnitud, y que, si ella intercedía por su esposo, Él le quitaría sus muchas cargas y sanaría al hombre.

Con la Biblia en una mano y «Respuestas increíbles a la oración» en la otra, comenzó a orar por su esposo con una fe que produjo resultados casi instantáneos. En dos semanas vio cambios notables. Dos semanas después, el hombre fue al médico. Los exámenes indicaron que su condición había mejorado notablemente.

Poco después recibí una carta suya muy entusiasta en la que me pedía mi número de teléfono (a principios de 1985, mi cardiólogo había insistido en que tuviera un número de teléfono que no figurara en la guía para poder descansar lo que necesitaba). Cuando me llamó, me dijo:

«Sabía que tendrías acento francés. ¡Qué alegría poder hablar contigo!».

Después de conversar un poco, me contó que unos años antes había asistido a una cruzada evangelística de Billy Graham en su ciudad. En ese momento, Cristo se había vuelto muy real para ella. De alguna manera, el misticismo que había envuelto su concepto de Jesús se desvaneció, y comprendió la realidad de que Él era «el camino, la verdad y la vida», su único medio de salvación. Se dio cuenta de que, contrariamente a lo que la habían educado para creer, tenía que abandonar cualquier idea de otro intercesor, y entregar su vida directa y completamente a Jesús. Sólo Él había muerto en el Calvario por nuestra salvación, y sólo a Él debía entregar su vida.

«Aunque esos años de vida para Cristo han sido maravillosos», dijo, «su libro me ha abierto una nueva comprensión de su ministerio como nuestro gran sumo sacerdote en el Lugar Santísimo del santuario celestial. Está añadiendo a mi experiencia cristiana una riqueza de gracia celestial. Interceder por los demás ha traído un gozo ilimitado a mi vida, así como bendiciones maravillosas a las vidas de los demás».

Aunque me llamó en horario diurno, estuvo más de dos horas hablando conmigo. Tenía muchas preguntas sobre mis creencias religiosas, y mi conversión a la Iglesia Adventista del Séptimo Día pareció fascinarla.

El estado de salud de su marido siguió mejorando. La última vez que habló conmigo tenía una historia interesante que contar. Aunque el hombre no era una persona que fuera a la iglesia, no tenía objeciones a que ella y sus hijos practicaran su fe religiosa. Un día estaba escribiendo una carta a una amiga, cuando de repente recordó que tenía una cita con una esteticista, dejó todo y salió corriendo.

Algún tiempo después, el marido llegó a casa. Al ver la carta inacabada sobre el escritorio, y siendo curioso por naturaleza, comenzó a leerla. Contaba cómo su esposa había estado orando por él, y cómo su salud había mejorado dramáticamente. No dijo ni una palabra sobre lo que había descubierto, hasta que un día le hizo llegar a su sorprendida esposa un Cadillac nuevo a su casa. Cuando ella le preguntó por qué le estaba dando un regalo tan maravilloso, él le preguntó: «¿Dónde aprendiste a orar oraciones tan poderosas, oraciones que producen resultados tan asombrosos?». «He hecho algunos

descubrimientos maravillosos», respondió ella. Luego le contó toda la historia.

MOTIVADO PARA ESCRIBIR

Siempre es interesante observar los matasellos de las cartas que recibo. De hecho, Hilda siempre me dice de dónde son antes de entregármelas. Pero nada supera la alegría de leer los mensajes que contienen.

Mientras escribo esto, faltan dos días para el Día de Acción de Gracias. Lo celebraremos con nuestra hija y nuestro yerno, Linda y Mike Hatley, aquí en California. Cuando nos reunamos alrededor de la mesa, estaremos agradeciendo al Señor por muchas cosas. Una de ellas será la gran cantidad de cartas que me han permitido escuchar acerca de las maravillosas maneras en que el Espíritu de Dios está bendiciendo las vidas de otras personas. He aquí un ejemplo.

«Estimado señor Morneau:

«Es en agradecimiento por las bendiciones recibidas que me siento motivado a escribir esta carta, para decirle gracias por haber escrito su libro...

«Me uní a la iglesia remanente de Dios hace 23 años, y puedo decir sin exagerar que han sido años maravillosos.

Pero ahora que he leído su libro sobre la oración, puedo ver que el futuro depara mayores alegrías en el Señor, ya que ahora estoy presenciando que muchas de mis oraciones por otros están siendo respondidas de maneras extraordinarias.

«Mira, he hecho un maravilloso descubrimiento al leer tu libro. Ahora veo cómo el Espíritu Santo puede hacer que nuestras oraciones se conviertan en realidad.»

Enfatizando cómo ahora se daba cuenta de que el Espíritu Santo es «el poder divino que es necesario para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia» (Los Hechos de los Apóstoles, p. 50), me agradeció por permitir que Dios me usara para revitalizar su experiencia cristiana. Luego me contó lo que había estado sucediendo en las vidas de personas que habían perdido el interés en la iglesia, y por quienes él había estado orando. «Cuando vi entrar a nuestra iglesia a una pareja que no había estado allí durante 12 años, me emocioné mucho por los resultados de mis oraciones».

UNA FUERZA ESTABILIZADORA

Es especialmente interesante escuchar a gente ocupada, porque me doy cuenta del gran esfuerzo que se

tuvo que hacer para enviar una carta así por correo. Una vez estuve en esa situación, siempre buscando unos minutos para hacer algo personal.

«Hace tiempo que tenía pensado escribirle», empezaba una de esas cartas, «pero no he podido hacerlo hasta ahora. Mi apretada agenda se me impone de tal manera que me priva de la oportunidad de hacer otras cosas que también considero importantes, como escribirle. «Trabajo en el campo de la medicina, y mi profesión es muy exigente.

«Su libro llegó a mi vida justo en el momento en que necesitaba una ayuda muy especial del Señor. Creo que es una respuesta a mis oraciones. He sido adventista del séptimo día durante muchos años, y me considero una persona con mucha experiencia en el área de asuntos espirituales. Pero al leer su libro descubrí varias cosas que ahora están marcando una gran diferencia en mi vida cristiana.

«Mi vida de oración se ha convertido en una fuerza gozosa y estabilizadora en mi manera de vivir, y está produciendo resultados preciosos en las vidas de aquellos por quienes he estado orando.»

Las cartas que llegan en sobres de tamaño comercial suelen indicar un mensaje o un problema importante. Por eso, las leo primero. A continuación, se muestra un ejemplo.

«Hay muchas cosas maravillosas que quiero contarles, pero realmente no sé por dónde empezar. Nuestra familia es tan perfectamente feliz ahora, debido a cómo Dios nos ha bendecido de tantas maneras. «Hace poco, nuestros corazones rebosaban de alegría cuando nuestro padre fue bautizado en la iglesia remanente de Dios. Durante más de 40 años, mamá y el resto de los hijos habíamos estado orando para que nuestro padre viniera al Señor. Pero el tabaco tenía una poderosa influencia en su vida, y las cosas espirituales no tenían ningún atractivo para él. Además, sus actividades comerciales lo mantenían demasiado ocupado como para tomar tiempo para Dios.

«Un día de 1991, mamá compró una copia de su libro en el Centro del Libro Adventista, y mientras lo leía, toda clase de pensamientos entraron en su mente sobre cómo podríamos orar por papá de las maneras positivas y probadas con el tiempo que usted mencionó.

«Mi hermana y yo también hemos leído el libro entero, y hemos hecho descubrimientos maravillosos. No sé si

«descubrir» es la palabra adecuada, porque, naturalmente, ya conocíamos la oración, pero nunca de la forma positiva en que usted la ha explicado.

«Leer las experiencias de oración y cómo presentó las necesidades de las personas ante el Señor, nos ayudó mucho. Comenzamos a hacer oraciones más significativas y, al haber pedido al Espíritu Santo que nos ayudara a hacer oraciones más llenas de poder, nos dimos cuenta de que los méritos de la preciosa sangre derramada por Cristo en el Calvario eran en verdad la clave que abría el camino a la salvación. «Sr. Morneau, le agradecemos mucho por habernos ayudado a ver cómo el Espíritu Santo puede alcanzar y salvar a los 'insalvables'.

«Seguimos orando diariamente para que el Espíritu Santo rodeara a nuestro padre con una preciosa atmósfera de luz y paz, y al hacerlo, bloqueara las desconcertantes y angustiosas sugerencias de los espíritus demoníacos que le hacían llevar cargas tan pesadas.

«Pasó un tiempo y empezamos a ver un cambio alentador en él. Empezó a sonreír más a menudo. Después de un tiempo, se volvió más hablador, hasta el punto de que le contaba a mamá muchas cosas sobre lo que estaba

sucediendo en su negocio, algo que nunca había hecho antes.

«Un día le dijo: “María, no es su verdadero nombre. Creo que a medida que te haces mayor, vas mejorando en la oración”.

«Mamá casi se cae al suelo de la sorpresa.» Continuó diciendo que hacía algún tiempo había tenido problemas para que le enviaran el tipo correcto de mercancía, debido a una mala confusión en la fábrica. Luego explicó cómo había resuelto el problema.

«Creo que gracias a esto estás mejorando en la oración», le dijo a mamá. «Iba a llamar al gerente general para decirle lo que pensaba, pero ocurrió algo muy extraño. En lugar de enojarme como hago cuando me pongo furioso por un problema, simplemente mantuve la calma. No podía enojarme. Fue una sorpresa increíble».

«Entonces pensé en ti y en cómo resuelves los problemas orando. Me vino a la mente la idea de que, sin duda, estabas orando para que yo superara ese terrible hábito mío. Fue una impresión muy fuerte. Es extraño, ¿no? Me resulta difícil decírtelo, pero sé que debería hacerlo.

» 'Como resultado, le pedí al Señor si sería tan amable de resolver el problema en la fábrica, a pesar de que nunca le había dedicado mucho tiempo. Agregué que usted lo conocía bien, y que tal vez Él podría tomar eso en cuenta y ayudarme. Y, efectivamente, una hora después recibí una llamada telefónica de la fábrica asegurándome que la entrega sería al día siguiente.'» Al leer la carta de la mujer, mi corazón se llenó de alegría al ver cuán maravillosamente obró el Espíritu de Dios para guiar a ese hombre a Cristo.

«Mi madre, mi hermana y yo seguíamos orando», explicaba la mujer en su carta, «pero no nos atrevíamos a hablar de religión con él, especialmente después de la forma en que había reaccionado cuando mi madre se había unido a la Iglesia Adventista cuarenta años antes. Y en cierto modo, nos sentíamos bien de no hacerlo, porque sabíamos que el Espíritu Santo estaba ministrando a nuestro padre. Nuestro padre estaba en buenas manos. "¿Qué mejor ayuda podría recibir?", decía mi madre. Además, si quería saber algo sobre asuntos religiosos, mi madre tenía una estantería llena de buenos libros.

«Un día nos anunció que ya no fumaba. Lo felicitamos por su determinación de vencer una fuerza tan poderosa y destructiva en su vida, y nos emocionamos mucho al

darnos cuenta de que nuestras oraciones estaban siendo respondidas de manera tan maravillosa.

«Una noche, cuando se estaba retirando a dormir, señaló el libro «Respuestas increíbles a la oración» que estaba en la mesa de noche de mamá, y dijo: “¿Qué te parece ese libro sobre la oración que has estado leyendo? ¿Son esas respuestas a las oraciones realmente tan increíbles como dice la portada? ¿Puedo mirarlo?”

«Mamá se quedó atónita ante sus preguntas y, al mismo tiempo, sumamente gozosa en el Señor por el nuevo interés de papá en las cosas espirituales. Leyó dos capítulos del libro, apagó la luz y se fue a dormir. La noche siguiente leyó los mismos dos capítulos y luego se fue a dormir. La tercera noche leyó el capítulo 2, comentó que era una obra fascinante, y luego se volvió a dormir. Durante las dos noches siguientes leyó el mismo capítulo, pero no dijo ni una palabra al respecto.

«Mamá estaba ansiosa por escuchar su opinión sobre lo que había leído, pero no se atrevía a hacerle ninguna pregunta. Se recordaba a sí misma: “No debo tratar de hacer la obra del Espíritu Santo”. Papá nos dijo más tarde que le fascinó especialmente el análisis de la desconfianza en Dios y la incredulidad en las páginas 26 a 28 de ese

capítulo. «El siguiente sábado, le informé a mamá que ya no iría a su lugar de trabajo los sábados. En cambio, se quedaría en casa. Encantada, mamá pensó en invitarlo a ir a la iglesia con ella, pero luego se dijo a sí misma: “Mejor no. La decisión tiene que venir de él”. «Luego le esperaba una gran sorpresa cuando regresó a casa.

«Bueno, Mary», dijo papá, «tengo algo muy importante que decirte. Mientras estabas en la iglesia, leí el resto de «Respuestas increíbles a la oración». También he hablado con el Señor sobre todo lo que he leído, y Él me ha impresionado mucho al pensar que ha llegado el momento de «estar en tiempo santo», como menciona el autor en la página 28 del libro. El próximo sábado iré a la iglesia contigo. Tendremos que levantarnos un poco más temprano porque me muevo muy lentamente los sábados. Oh, puedes contarles a nuestras hijas sobre mi nueva decisión, ya que puede que las haga felices».

«Señor Morneau, espero no haberlo cansado con mi larga carta. Sólo pensé en contarle nuestra experiencia de oración con papá, con todos sus detalles, porque es un ejemplo maravilloso de cómo el Espíritu Santo de Dios puede transformar vidas, incluso en personas cuyos casos parecen desesperados. ¡Piense en ello! Cuarenta años de

espera para que ocurra un milagro en la vida de una persona es sin duda un período largo.

«Doy gracias al Señor todos los días por tu libro, y siempre te recordaré en mis oraciones. Mi madre te agradece, mi hermana te agradece, y yo te agradezco de todo corazón por haber escrito sobre tus experiencias de oración.

«En el amor cristiano, ... »

CAPÍTULO 9: AMOR INCONDICIONAL

Desde que salió de imprenta mi libro sobre la oración intercesora, he tenido varias experiencias que no sólo desafiaron mis limitaciones humanas, sino que a veces incluso me resultaron embarazosas.

Algunas personas han llegado a la conclusión de que poseo un intelecto y una comprensión superiores que pueden resolver cualquier problema, ya sea religioso o secular. Piensan que tengo algún tipo de sabiduría salomónica. En otras ocasiones me han considerado su líder espiritual, y de hecho me lo han dicho. Permítanme ilustrarlo.

Una mujer de Ecuador que estaba de visita con unos familiares en Estados Unidos obtuvo mi dirección de la editorial, y me escribió para pedirme mi número de teléfono. «Es importante», me dijo, así que se lo envié.

Unos días después me llamó y, tras conversar unos minutos, se refirió a mí como «Pastor Morneau». Al principio no le di importancia, pero cuando repitió el título varias veces más, le dije que no era un ministro ordenado,

sino un laico común y corriente. Me agradeció que se lo dijera y siguió hablando.

Pasaron varios minutos, y luego ella dijo: «Pastor Morneau, ¿me haría un favor?»

«Si está en mi capacidad hacerlo, y si usted deja de llamarme 'Pastor Morneau', lo haré con mucho gusto.»

Tras una pausa de tres o cuatro segundos, dijo: «Me resulta muy difícil pensar que usted no es un ministro de Dios. He recibido tanta ayuda, tanto aliento en el Señor, tanta paz y tanta satisfacción al leer su libro, que lo considero mi ministro». Luego, con un tono de voz que reflejaba sumisión y un anhelo de aprobación, añadió: «¿Le parecería bien que siguiera pensando en usted como mi pastor? ¿Mi líder espiritual número uno? Me haría muy feliz».

Le di la misma respuesta que le di a mi esposa cuando ella quiso tener un gato: «Supongo que está bien si te hace feliz» (soy alérgico a los gatos).

Siempre que una persona comienza a expresar su aprecio por mí, inmediatamente dirijo su atención a Cristo, quien ha bendecido mi vida de tantas maneras. Toda la gloria debe ser dada a la Santísima Trinidad, le digo. Todo

el honor debe ser dado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Todo lo que he logrado a través de mis oraciones o escritos ha sido gracias a su poder y amor divino.

Además de los consejos religiosos, muchos buscan consejos más seculares. Un tema que surge constantemente es qué deben hacer los padres de hijos adultos que han abandonado a Dios y a la Iglesia con respecto a la herencia que normalmente recibirían. ¿Deben eliminar a los hijos de sus testamentos? ¿Deben darles una lección y no dejarles nada?

Algunos de los padres que se pusieron en contacto conmigo ya habían decidido eliminar a sus hijos de sus testamentos, pero querían saber qué pensaba al respecto. En todos los casos, traté de utilizar todo el tacto que pude. Oré para decir lo correcto y no ofenderlos.

Hace poco tuve una experiencia que tal vez resuelva este gran problema para mucha gente. Una viuda adinerada de más de 70 años se puso en contacto conmigo, y me anunció que tenía la intención de desheredar a sus dos hijos de mediana edad que no tenían ninguna necesidad de Dios. Como ya había hecho antes, le sugerí que orara al respecto. Seguramente, le dije, el Señor la guiaría para que hiciera lo correcto en su situación.

«Cuando leí su libro», respondió, «me di cuenta de que cuando usted se enfrentaba a un problema, inmediatamente le preguntaba al Señor: “¿Qué debo hacer?”. Casi instantáneamente le venía a la mente un versículo de las Escrituras o un pasaje de Elena White, un versículo o pasaje que contenía la respuesta correcta. Apreciaría mucho que usted hiciera el mismo tipo de oración por mi problema».

Esa noche, mientras conversaba en oración con mi Padre celestial, agradeciéndole por las maravillosas maneras en que Su Espíritu Santo me había guiado en el pasado, presenté la petición de la mujer. Pedí una iluminación especial, una visión especial que guiara a los padres cristianos que se enfrentaban a la cuestión de desheredar a sus hijos.

Tengo la costumbre de hacer una pausa cada cierto tiempo para meditar sobre el tema que estoy presentando cuando estoy orando. Puedo pedirle al Señor que me imprima en la mente lo que debo decir o hacer. Y muy a menudo me viene a la mente un versículo de la Biblia que disipa toda incertidumbre y abre un camino claro ante mí.

Esa noche en particular, las palabras «amor incondicional» me vinieron a la mente. Mientras las repetía

varias veces, tratando de entender cómo se relacionaban con el problema en cuestión, un versículo del capítulo quince de Lucas inundó mis pensamientos: «Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo» (versículo 21).

Años antes había memorizado la parábola del hijo pródigo para recordarme la bondad de Dios hacia los seres humanos caídos. Además, recordaba vívidamente la experiencia del hijo pródigo que habían vivido un par de amigos.

La pareja nos contó que su hijo, que acababa de graduarse de la escuela secundaria, les rompió el corazón un día cuando decidió irse de casa y no volver nunca más. Aunque estos padres no tenían dinero para enviar a su hijo de regreso a casa, los otros paralelismos estaban ahí: la noticia inesperada de su partida, los celos por creer que sus padres habían tratado mejor a su hermana, etc.

Antes de irse, el hijo desahogó su amargura con sus padres. El corazón de la madre se rompió y no se curaba. Lloró todos los días durante al menos dos meses, hasta que aceptó el hecho de que vivimos en un mundo cruel, y que ella era solo una de las innumerables madres que sufrían un rechazo tan trágico. Mientras el padre reflexionaba

sobre toda la experiencia en su corazón dolorido, hizo lo mejor que pudo para consolar a su esposa. Pasaron un par de años sin noticias del hijo; entonces, un día, los padres recibieron una llamada del sheriff del condado de Erie, Nueva York, diciéndoles que el chico estaba en la cárcel. Se había involucrado en una red de ladrones.

Por triste que fuera la situación, se alegraron de que al menos todavía estuviera vivo. No perdieron tiempo en ir a verlo y también consiguieron que un abogado lo liberara. Después, varios amigos de la pareja comentaron que, si hubiera sido su hijo, habrían dejado que el joven permaneciera en la cárcel hasta que se «pudriera». Pero los padres todavía amaban a su hijo. Lo apoyaron durante la larga prueba de los tribunales y, al final, pagaron los gastos legales y otros.

Ese incidente pasó por mi mente. Al instante lo reconocí como una ilustración del amor incondicional en acción. El tipo de amor que viene directamente del corazón de Dios. Encendí la luz, tomé mi Biblia, y leí la parábola nuevamente. Estoy decidido a comprender el amor incondicional de Dios, y cómo busca ayudarnos a formar un carácter como el suyo. Jesús dijo: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es

perfecto» (Mateo 5:48). El padre de la parábola refleja a nuestro Padre celestial.

Anhelando el regreso del joven, probablemente miraba hacia el camino varias veces al día, esperando ver su silueta recortada contra el horizonte. Cuando el hijo regresó, la Biblia dice que «cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a compasión, y corrió, y se echó sobre su cuello, y lo besó» (Lucas 15:20).

Me inclino a creer que el hijo no sólo estaba vestido con harapos, sino que también olía como los cerdos que había estado cuidando. En Palabras de Vida del Gran Maestro, leemos: «El padre no permitirá que ninguna mirada desdeñosa se burle de la miseria y los andrajos de su hijo. Toma de sus propios hombros el amplio y rico manto, y lo envuelve alrededor del cuerpo demacrado de su hijo» (págs. 203, 204).

Aquí vemos un ejemplo de amor incondicional. Pero ¿qué hubiera pasado si el padre hubiera tratado a su hijo en términos humanos normales? Imaginemos que el padre sale a recibir a su hijo, no para darle la bienvenida a casa, sino para ajustar cuentas. Cuando el joven se acerca a unos ocho metros, el padre le ordena que se detenga y no se acerque más. «Hijo», le dice, «huelas fatal y estás

harapiento. ¿Qué demonios has hecho con todo ese dinero que te di? Además, ¿por qué vuelves a casa? ¿Quién te dio la impresión de que algún día serías bienvenido aquí?»

El niño intenta explicarse, pero cada vez que empieza a decir algo, su padre lo interrumpe. Entonces su padre le dice lo que piensa.

«Cuando te fuiste de casa te dije que no volvieras a no ser que quisieras ser un modelo que seguir. Y tengo la clara impresión de que no has aprendido nada que te haga ser mejor persona.»

El joven levanta varias veces la mano, intentando indicar que quiere decir algo, pero su padre no le da la oportunidad. «¿Qué tienes que decir que sea tan importante como para que siempre intentes interrumpirme?», ladra finalmente el padre.

Papá, hace tres días que no como. ¿Crees que podríamos irnos a casa y, mientras yo como algo, tú podrías dictar las reglas que tendré que seguir a partir de ahora?

«¿No has comido en tres días? Pues te lo mereces. Te mereces no comer después de haber desperdiciado todo el dinero que te di.»

Pensé mucho y con detenimiento en esa parábola. Cuando la viuda rica volvió a llamar, le conté que había orado para que ella desheredara a sus hijos ya mayores. Pero antes de decirle lo que había pensado, le hice una pregunta: «¿Qué interés tienes en verlos en la tierra renovada?». «¿Por qué me haces esa pregunta?», respondió. «Haría cualquier cosa por ver a Juan y a María en el reino de Dios». Luego sugerí que si ella no había podido guiarlos de regreso a Cristo mientras aún estaba viva, podía, con la ayuda del Espíritu Santo, tener un poderoso impacto en sus vidas después de morir, manifestando su amor incondicional por ellos de una manera especial.

«Podrías escribir y sellar una carta», sugerí, «con instrucciones de que no se abra hasta después de tu muerte. Debería acompañar tu testamento, y podrías dejarla en manos de tu abogado. El mensaje debería ser uno que le exprese tu amor inquebrantable por él.

«Quizás podrías empezar contándoles la alegría y felicidad que trajeron a tu hogar desde el día en que nacieron. Cómo tú y tu marido se enriquecieron con las cosas que hicieron. Cómo sonreían cuando les hablabas,

su entusiasmo por algún juguete especial, su curiosidad cuando empezaron a caminar, etc.

«Cuanto más alegremente describas los acontecimientos de sus vidas que te hicieron feliz, mejor entenderán lo dedicada que fuiste a su felicidad y bienestar, tanto en esta vida como en la eternidad. Con el Espíritu de Dios hablando a sus vidas en el momento de tu partida, ellos podrían ser guiados a reevaluar la forma en que viven. Tal vez reconociendo la duración incierta de esta vida, podrían adoptar nuevos valores, y comenzar a vivir por aquellas cosas que conducen a la vida eterna. Entonces podrían buscar el privilegio de estar contigo en la tierra hecha nueva.»

La mujer comenzó a llorar, y tuvo que hacer una pausa para recuperar la compostura. Finalmente, dijo: «Señor Morneau, me alegro mucho de haber hablado con usted. Un buen amigo me había aconsejado que desheredara a mis hijos como la mejor manera de darles una lección que nunca olvidarían.

«Pero ahora me doy cuenta de que eso sólo habría endurecido sus corazones. Entonces nunca habrían seguido el ejemplo que les he dado en el servicio al Señor.

Haber caminado por la tierra renovada conmigo, eso habría sido lo último que hubieran querido hacer.»

Desde entonces he tenido que ayudar a otras dos personas con el mismo problema. En cada caso, les he expuesto el amor incondicional de Dios, y su contraste con el amor humano común y corriente, y les he preguntado cómo demostrarían ese amor en su situación particular.

CAPÍTULO 10: TUS PENSAMIENTOS, ¿SON TUYOS?

Vivimos en un mundo acelerado, y nos enfrentamos a presiones constantes que provienen de todos lados. Influencias poderosas reclaman nuestra atención y, a menudo, tenemos que tomar decisiones importantes sobre la marcha.

Comida rápida, banca informatizada, teléfonos celulares que nos permiten hablar mientras viajamos a toda velocidad por una autopista, y aviones gigantes que nos transportan a través de un continente en horas, todo parece diseñado para impulsarnos por la vida a gran velocidad. Pero una vida así está agotando a muchos hasta el punto de ruptura. Un número cada vez mayor de las cartas que recibo hablan de una creciente necesidad de poder divino, simplemente para hacer frente al mundo en rápida expansión de hoy. La gente clama por más fuerza y resistencia. Considere estos extractos desesperados.

«No quiero ser una carga para ustedes, pero estoy desesperado por recibir ayuda divina para no perder la cabeza. Aunque soy un completo desconocido, les escribo

con la esperanza de que comprendan mi gran necesidad e intercedan ante Dios por mí...»

DEFECTO

«Les agradecería que oraran por mí, porque mi mente me está fallando mucho. Tengo un problema de depresión... Mi fe es débil, y mi mente es muy negativa.

«Tienes razón cuando dices en tu libro que los pensamientos negativos son desastrosos. Lo he aprendido por experiencia, pero no puedo evitarlo. No puedo mantener mi mente en el lado positivo de las cosas. Aunque he recibido terapia y me han recetado medicamentos y otras ayudas, no han solucionado mi problema.

«Temo que, si esta condición continúa mucho más tiempo, tal vez tengan que internarme en un manicomio... ¿Podrías orar por mí, y si Jesús te impresiona con alguna guía para mi problema, podrías escribirme?»

AFLIGIDO

«Le escribo con la esperanza de que tal vez usted esté dispuesto a orar por mí. He padecido una depresión incapacitante durante bastante tiempo, lo que me ha

hecho imposible en algunos casos razonar o pensar con claridad. Aunque he estado bajo tratamiento médico, los médicos no han podido ayudarme mucho. «Le dije a mi último médico que a veces parece como si algún poder me tuviera bajo su control y no pudiera librarme de él. Me sugirió que hablara con mi ministro sobre mis problemas, ya que podría estar oprimida por los poderes de las tinieblas. ¿Cree usted que algo así podría estar sucediendo en mi vida? Soy una persona que ama a Dios, y he sido adventista del séptimo día toda mi vida.»

GRAN DOLOR

»... No puedo soportar todo esto. Tengo un gran dolor, angustia mental, y depresión... Le pido a Dios que me ayude a dormir.»

NO HAY MANERA DE AFRONTARLO

«Todos mis hijos mayores han abandonado la Iglesia porque no encuentran la ayuda que necesitan para afrontar la vida de estos tiempos. Sus espíritus están tan angustiados y perplejos que sus matrimonios se están desintegrando, y nosotros, los abuelos, nos vemos obligados a criar a algunos de los más pequeños si no queremos que vivan en la miseria... Hay algo extraño en

todo esto. Hermano Morneau, necesitamos desesperadamente sus oraciones.»

Las cartas de las que he extraído estos extractos no son las peores que he recibido. Algunas cuentan cómo el autor planea suicidarse. Otras describen sufrimientos y agonías increíbles. La gente me revela cosas que no revelarían ni siquiera a sus pastores. Describen un mundo en el que actúan fuerzas invisibles cuyo único propósito es sembrar la miseria y la destrucción humana. Lo deplorable es que pocos tienen la menor idea del poder o la actividad de tales fuerzas, y de cómo pueden oprimir la mente humana desprevenida.

Durante mis días como adorador de espíritus, un sacerdote espiritista comentó una vez que los espíritus demoníacos pueden agotar nuestras fuerzas vitales al sobre estimular nuestra imaginación. Dijo que pueden hacer aparecer imágenes en la mente tan sutilmente que la gente cree que son sus propios pensamientos. Les encanta confundir la mente humana, se jactó. «Como la gente cree que todos los pensamientos son suyos», dijo, «se horrorizan por lo que encuentran en sus mentes. Piensan que así es como realmente deben ser. Los espíritus usan esa repulsión para deprimir a las personas hasta el

punto de que comienzan a odiarse a sí mismas. Si tales pensamientos pueden entrar en sus mentes, razonan los seres humanos, entonces deben ser personas horribles.

«Por otra parte, los espíritus inducen a algunos a creer que poseen un intelecto superior, por lo que sugieren a sus mentes. Tales individuos comienzan a criticar a otros menos dotados, y sienten que deben decirles cómo vivir. Sus palabras envenenan y alejan.»

Hoy en día, oímos hablar mucho de personas que sufren «cambios de humor». Pueden estar hablando y riendo un momento, y luego, sin razón aparente, se ponen irritables, o incluso quieren empezar una pelea. A veces, la causa son problemas físicos o psicológicos, pero otras veces pueden estar sucumbiendo a lo que yo llamo sugestiones satánicas. De maneras que aún no entendemos, Satanás y sus espíritus pueden influir en el estado mental de una persona de maneras desastrosas. Es mucho más fácil orar por una persona que sufre estos cambios de humor cuando nos damos cuenta de que estamos buscando protección divina para ella contra las influencias malignas. Nuestra oración en estos casos se convierte en parte del «ministerio de reconciliación» del que habla el apóstol Pablo.

El primer volumen de «Testimonios para la iglesia» contiene un breve artículo titulado «Simpatía en el hogar». Elena de White escribe acerca de una pareja, a la que se hace referencia como el hermano y la hermana C, que estaban atravesando muchas dificultades. Ella vio en una visión que gran parte de su problema tenía su origen en la influencia satánica sobre los pensamientos del hombre.

«Tienes una imaginación enferma y mereces compasión», le dijo. «Sin embargo, nadie puede ayudarte mejor que tú mismo. Si quieres tener fe, habla de fe; habla con esperanza... Si permites que Satanás controle tus pensamientos como lo has hecho, te convertirás en un blanco especial para él, y arruinarás tu propia alma y la felicidad de tu familia» (p. 699).

Dirigiéndose a la esposa, la Sra. White dijo: «El hermano C merece compasión. Se ha sentido infeliz durante tanto tiempo que la vida se ha convertido en una carga para él... Su imaginación está enferma, y ha mantenido sus ojos en el panorama sombrío durante tanto tiempo que, si se enfrenta a la adversidad o la desilusión, imagina que todo se va a arruinar... Cuanto más piensa esto, más miserable hace su vida y la vida de todos los que lo rodean. No tiene ninguna razón para sentirse como se

siente; todo es obra de Satanás» (p. 703). Cuando digo que podemos caer bajo la influencia de las sugerencias satánicas, eso no significa que estemos poseídos por demonios, como afirman con demasiada frecuencia los que se dedican a los ministerios de liberación (véase el capítulo 11). Cuando Jesús comenzó a decir a sus discípulos que moriría y resucitaría de nuevo, Pedro lo reprendió (Mateo 16:21-22). Jesús respondió a la reprensión de Pedro diciéndole al discípulo: «Quítate de delante de mí, Satanás; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (versículo 23).

Aunque Jesús atribuyó la acción del discípulo a Satanás, no quiso decir que Pedro estuviera poseído por un demonio, sino simplemente que el hombre se había dejado caer bajo la influencia satánica. Hay una clara diferencia.

Cuando respondo a quienes han escrito el tipo de cartas que seleccioné al principio de este capítulo, hago un esfuerzo especial para animarlos, dirigiendo su atención al hecho de que «las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta

contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Corintios 10:4-5).

Subrayo especialmente la importancia de orar para que el Espíritu Santo pelee por ellos en sus batallas espirituales. «Sólo las súplicas fervientes y perseverantes a Dios con fe... pueden ser suficientes para brindar a los hombres la ayuda del Espíritu Santo en la batalla contra los principados y potestades, los gobernadores de las tinieblas de este mundo, y los espíritus malignos en los lugares celestiales» (El Deseado de todas las gentes, p. 431). Muchos de los que han recurrido a la oración con una comprensión plena de lo que estaban enfrentando, ahora están disfrutando de gloriosas victorias sobre lo que una vez habían sido problemas aplastantes.

Debemos tomar en serio los ataques de Satanás contra los creyentes. Elena de White escribe que «hay poca enemistad contra Satanás y sus obras, porque hay tanta ignorancia acerca de su poder y malicia, y la vasta extensión de su guerra contra Cristo y su iglesia. Multitudes son engañadas en esto. No saben que su enemigo es un poderoso general que controla las mentes de los ángeles malos, y que, con planes bien madurados y movimientos

háviles, está guerreando contra Cristo para impedir la salvación de las almas.

«Entre los cristianos profesos, e incluso entre los ministros del Evangelio, apenas se hace referencia a Satanás... Mientras los hombres ignoran sus artimañas, este enemigo vigilante los persigue a cada momento. Está invadiendo cada departamento del hogar, cada calle de nuestras ciudades, las iglesias, los consejos nacionales, los tribunales de justicia, confundiendo, engañando, seduciendo, arruinando por todas partes las almas y los cuerpos de hombres, mujeres y niños, desmembrando familias, sembrando odio, emulación, contienda, sedición, asesinato. Y el mundo cristiano parece considerar estas cosas como si Dios las hubiera dispuesto y debieran existir» (El conflicto de los siglos, págs. 507, 508).

Mientras la sierva del Señor exponía la inmensidad de las actividades de Satanás contra la familia humana, también nos dio palabras de aliento en nuestra lucha contra él. «El poder y la malicia de Satanás y sus huestes podrían alarmarnos con justicia, si no fuera porque podemos encontrar refugio y liberación en el poder superior del Redentor. Aseguramos cuidadosamente nuestros hogares con cerrojos y cerraduras para proteger

nuestra propiedad y nuestras vidas de los hombres malvados; pero rara vez pensamos en los ángeles malos que constantemente buscan acceso a nosotros, y contra cuyos ataques no tenemos, con nuestras propias fuerzas, ningún método de defensa.

«Si se les permite, pueden distraer nuestras mentes, desordenar y atormentar nuestros cuerpos, y destruir nuestras posesiones y nuestras vidas. Su único deleite es la miseria y la destrucción... Pero los que siguen a Cristo están siempre seguros bajo su vigilancia y cuidado. Ángeles que sobresalen en fuerza son enviados desde el cielo para protegerlos. El maligno no puede atravesar la guardia que Dios ha colocado alrededor de su pueblo» (El conflicto de los siglos, p. 517).

El Señor nos ha dado una mente hermosa, y nos ha bendecido con la capacidad de formar imágenes en nuestra mente de cosas que no están presentes a los sentidos. Dios nos ha dotado con la capacidad de crear nuevas ideas, o de combinar las antiguas de nuevas maneras. Ese elemento supremo es nuestra imaginación. Velamos siempre por ella, y oremos por ella con toda la diligencia posible, para que los enemigos de nuestro Señor no le hagan daño. Sólo con la ayuda divina pueden esos

hombres y mujeres trágicos que me escriben, superar el terrible desánimo y la miseria que Satanás y este mundo lleno de pecado acumulan sobre ellos.

CAPÍTULO 11: MINISTERIOS DE LIBERACIÓN

Una de las preguntas más frecuentes que recibo es sobre mi opinión acerca de los llamados ministerios de liberación. Muchos de los escritores han tenido familiares que se han involucrado con tales organizaciones. Personas que pertenecen a ministerios de liberación han convencido a sus seres queridos de que estaban poseídos por demonios, y si realmente lo estaban antes, ahora los familiares se encuentran continuamente acosados por espíritus demoníacos. Debido a que he visto tanto dolor y daño, siento que debo responder a estas cartas.

Para empezar, voy a contar la experiencia de una mujer cristiana de nombre Doherty, cuya hija, Clara, pidió un exorcismo después de escuchar un sermón de alguien que se dedicaba a la liberación. La hija se convenció, a partir del sermón, de que ella también estaba poseída por un demonio.

Como me dijo la señora Doherty por teléfono, el sermón arruinó por completo la fe de Clara en Cristo, y su vida no ha sido más que una miseria desde entonces. Oye

voces casi continuamente, y la despiertan algunas noches, negándose a dejarla dormir hasta las primeras horas de la mañana. Un ministro exorcista incluso le dijo a la hija que era mejor que se acostumbrara a oír las voces de los demonios, porque estarían con ella para siempre.

La señora Doherty había conseguido una copia de «Respuestas increíbles a la oración» y la había leído en su dormitorio una noche sin que su hija lo supiera. Luego oró para que Dios la ayudara a escribirme sobre el problema de Clara. Poco después, la hija salió de su dormitorio muy angustiada y dijo: «Madre, ¿quién es Roger Morneau?». La señora Doherty le preguntó por qué quería saberlo. La niña respondió que una voz le había advertido: «No dejes que tu madre llame a Roger Morneau. Lo odiamos con pasión y, además, de todos modos no puede ayudarte. Si tu madre lo llama, no te dejaremos dormir durante días».

Según la señora Doherty, cuando su hija ordena en nombre de Jesús que los espíritus la abandonen, estos se ríen, y dicen que no hay forma de que ella pueda hacerlos desaparecer. El problema pronto llegó al punto en que la niña estaba pensando en suicidarse para detener la opresión demoníaca.

«Algunos individuos se han encargado de hacer la obra del Espíritu Santo», le respondí a la señora Doherty, «y se ha producido una cosecha de miseria. Como resultado, un gran número de cristianos se han convertido en víctimas de la crueldad satánica.

«Mi propia experiencia de haber sido en un tiempo espiritista me ha ayudado a comprender los peligros en los que se ha involucrado su hija. Me ha desenmascarado la naturaleza del poder que impulsa estos llamados ministerios de liberación.

«Primero, permítanme llamar su atención al hecho de que algunos de los que se encontrarán entre los malvados debajo de los muros de la Nueva Jerusalén habrán tenido carreras activas de expulsar demonios de las personas. Escuchen las palabras de Jesús: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios? ... Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7:22,23). «Entiendo que Jesús quiere decir aquí que algunos de los que parecen expulsar demonios de las personas, en realidad no están haciendo la obra de Cristo, sino del diablo. Muchos se preguntan cómo podría ser tal cosa. Pero cuando enfocan en ellos la luz de la

Palabra de Dios, así como la luz menor, los escritos del Espíritu de Profecía, reconocerán que estos autoproclamados exorcistas han sido engañados por un poderoso engaño.

«Deuteronomio 18:10-12 da una lista de nueve actividades que pondrán a la gente en contacto con lo sobrenatural. Moisés declaró que involucrarse en estas actividades perturba especialmente a Dios, porque Él sabe cuán peligrosas son.

«Versículo 10: 'No se hallará en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero.'

«Versículo 11: 'O encantador, o adivino, o mago, o nigromante.'

«Versículo 12: 'Porque es abominación a Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones el Señor tu Dios las echa de delante de ti.'»

Las naciones vecinas practicaban este tipo de prácticas ocultas, y Dios prohibió a los israelitas tener algo que ver con ellas. Me gustaría volver a llamar su atención al versículo 11, y a la frase 'un asesor de espíritus familiares'.

Durante mi relación con los adoradores de demonios, me sorprendió descubrir que ellos clasificaban a los espíritus en tres grupos distintos. Los espíritus «amistosos» eran aquellos que se especializaban en engañar a la gente. Los espíritus mentirosos, a los que les encanta aparecer como supuestos espíritus de los muertos.

«Los otros dos grupos que nombraron fueron los «guerreros» y los «opresores». Los «guerreros», dijeron, se concentran en causar discordia en las familias, odio entre las clases de la sociedad, y guerras abiertas entre las naciones. El último grupo, los «opresores», encuentran su mayor placer en infligir miseria y destrucción a la gente.

«Veamos ahora cuánto tiempo habría sobrevivido entre el pueblo de Israel un ministro del evangelio que conversara con un espíritu «amistoso». Levítico 20:26-27 nos dice: «Seréis santos para mí, porque yo Jehová soy santo... El hombre o la mujer en que haya espíritu de adivinación o de adivino, ha de ser muerto; los apedrearán; su sangre será sobre ellos».

«Los ministros del evangelio que han estado conversando con espíritus demoníacos por medio de individuos poseídos deberían considerarse afortunados de

no haber vivido en tiempos bíblicos. Si así fuera, sus carreras habrían sido breves.

«Satanás está tratando de vencer a los hombres hoy, como venció a nuestros primeros padres, haciendo tambalear su confianza en su Creador» (El conflicto de los siglos, pág. 534). La manera más eficaz que tiene Satanás de socavar la confianza de la gente en Dios es por medio de los líderes espirituales.

«Por ejemplo, cuando un ministro del evangelio le dice a una persona que está poseída por un demonio del miedo (o cualquier otro 'tipo' de demonio), en esencia le ha dicho a esa persona que pasará el resto de su vida en una prisión espiritual. «Instantáneamente, uno de los demonios de Satanás trae a la mente el pensamiento de que Jesús le ha fallado completamente a la persona. Que Aquel en quien había depositado plena confianza para salvarla, no ha sido capaz de protegerla de la posesión demoníaca. Como le sucedió a su hija, un pensamiento así destroza la confianza en Cristo. Ahora el camino está abierto de par en par, para que un espíritu demoníaco entre y posea, tomando control completo de las facultades.

«Sin embargo, permítame asegurarle que no todo está perdido con su hija. Aquí tiene un programa de

recuperación de siete pasos que he impartido a varias personas que han sido víctimas de los llamados ministerios de liberación.

«1. Desechar o destruir toda la literatura que exalta los ministerios de liberación. Los espíritus demoníacos tienen derecho a permanecer con todos los objetos que llevan su mancha de contaminación.

«2. No hables a los espíritus demoníacos, ni siquiera para ordenarles que se vayan en el nombre de Jesús. Deja que el Espíritu Santo haga esa obra. Incluso Jesús dijo que dependía del Espíritu de Dios para expulsar a los demonios. (Mateo 12:28)

«3. Cada mañana, temprano, lea el relato de la crucifixión de Cristo que se encuentra en Mateo 27:24-54. Solo le llevará unos cuatro minutos leerlo, y será de gran bendición para su vida.

«4. Pedirle a Dios perdón por nuestros pecados, ya sean de pensamiento, de palabra, o de obra.

«5. Alegad los méritos de la sangre que Cristo derramó en el Calvario como la razón por la que el Espíritu Santo debe luchar en vuestras batallas espirituales. «La súplica ferviente y perseverante a Dios con fe... es lo único que

puede lograr que los hombres reciban la ayuda del Espíritu Santo en la batalla contra los principados y potestades, los gobernadores de las tinieblas de este mundo, y los espíritus malignos en los lugares celestiales» (El Deseado de todas las gentes, p. 431).

«6. Oremos para que Dios restaure la fe que una vez tuvimos en el poder de Cristo para salvar, para que podamos volver a tener una confianza inquebrantable en nuestro gran Redentor.

«7. Memoriza la Palabra de Dios para vivir una vida cristiana victoriosa y exitosa. Llena tu mente con pasajes de las Escrituras que te darán esperanza, ánimo, y gozo en el Señor.

«Sé por experiencia propia cómo los pasos anteriores pueden ayudarnos a escapar del acoso de los espíritus demoníacos». En mi carta a la Sra. Doherty, también di detalles adicionales sobre sus necesidades personales como intercesora en favor de su hija, y cómo elevar a Cristo en toda Su gloria ante Clara, para que la niña pudiera recuperar su fe en Él.

Además del mandato expreso de Dios de no conversar con los espíritus, hay otra razón por la que debemos evitar tratar con los ministerios de liberación. Reprender a los

espíritus como lo hacen esas personas es asumir un atributo divino. Quienes practican los ministerios de liberación, en realidad se ponen en el papel de Dios mismo. Sólo Dios tiene el derecho o el poder de reprender a los demonios.

Permítanme explicarles esto, compartiendo con ustedes algunos pasajes de las Escrituras. Si van a una concordancia y buscan el uso de la palabra «reprender» en el Antiguo Testamento, notarán algo interesante: Dios es quien reprende. A menudo reprende al mar, un símbolo del mal, o de cualquier otra cosa que se oponga a Dios en el Antiguo Testamento (algunos ejemplos incluyen Salmo 18:15; Salmo 104:5-7; Salmo 106:9; Éxodo 15:4-10; Isaías 50:2; y Nahúm 1:3, 4).

Dios sigue reprendiendo al mar incluso en el Nuevo Testamento, como vemos en Mateo 8:23-27. Después de que Jesús reprendió al tormentoso Mar de Galilea (versículo 26), ellos exclamaron unos a otros: «¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?» (versículo 27). Como estaban inmersos en las Escrituras, percibieron que Jesús había hecho algo que solo el Señor Dios mismo podía y tenía derecho a hacer.

Pero además de reprender al mar como símbolo del mal, Dios en la Biblia reprende algo más: a Satanás y a aquellas fuerzas que el diablo emplea contra Dios y Su pueblo (Zacarías 3:1, 2; Salmo 76:9; Isaías 17:13). Un estudio cuidadoso de aquellos pasajes en los que la Biblia muestra a Dios reprendiendo algo, muestra que sólo Él tiene la autoridad y el poder para lidiar con aquellas fuerzas que tratan de bloquear Su voluntad, especialmente en el nivel sobrenatural. Marcos 9:14-29 cuenta cómo Jesús sana a un muchacho después de reprender al demonio que poseía al niño. Aunque Jesús, siendo plenamente Dios como el Padre, podría haber empleado Su autoridad divina para echar fuera a tal demonio, aquí en Su naturaleza humana lo vincula con la oración intercesora (versículo 29). En Su perfecta humanidad, invocó al Espíritu Santo para que expulsara al demonio.

Jesús también reprende a los demonios en Marcos 1:21-28, y en Marcos 8:33 reprende específicamente a Satanás como el instigador de la reprensión de Pedro (versículo 32). Jesús echa fuera demonios en Mateo 8:28-34. Aunque no usa el verbo «reprender», el incidente sigue inmediatamente después de su reprensión de la tormenta en el mar. ¿Qué significa esto? Jesús tiene el derecho de reprender a los demonios y a las fuerzas del mal. Es su

atributo divino. Los discípulos echaron fuera demonios porque Jesús les había comisionado para que lo hicieran por un tiempo. Pero tomar el atributo sobre nosotros es ponernos en el lugar de Dios. Adán y Eva buscaron tener atributos de Dios, y Él tuvo que expulsarlos del Jardín del Edén. Los ministerios de liberación también están tratando de ponerse en el papel de Dios, y eso solo puede llevar a confusión y destrucción. Cuando alguien trata de tomar la responsabilidad de Dios de expulsar demonios, está cometiendo nuevamente el pecado de Adán y Eva. Naturalmente, Satanás y sus agentes se regocijan cuando intentamos exorcizar espíritus malignos, porque estamos cayendo en manos demoníacas.

El Señor de la gloria que en la creación pudo hablar y «fue así», tiene el poder de protegernos de todos los espíritus malignos. Nunca debemos temer su poder o amenaza cuando recordamos que Jesús nos ha dado su palabra: «No te desampararé ni te dejaré» (Hebreos 13:5). Pablo declaró triunfante: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:38, 39).

Jesús reivindica la capacidad «de presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos» (Judas 24, 25).

Por experiencia propia he aprendido que el Cristo que derramó su sangre por nosotros en el Calvario nunca nos fallará. Aquellos que se paran en el púlpito y afirman que si alguien siente ansiedad puede estar poseído por un demonio están insinuando que Cristo ha fallado en proteger y salvar a esa persona. Huyan de esas personas antes de que destruyan totalmente su fe en Dios, y así los separen de Él tanto ahora como por la eternidad. Ellos nunca podrán librarlos de Satanás, porque ellos mismos se han convertido en agentes del mal.

Para ilustrar la cosecha de miseria que producen quienes han asumido la responsabilidad y la obra del Espíritu Santo de expulsar demonios, cuento la experiencia de una mujer de unos 30 años, cuya fe en el poder de Cristo para salvar quedó totalmente destruida. Los siguientes extractos son de una carta muy larga.

«Mi esposo y yo», escribió, «nos unimos a la Iglesia Adventista del Séptimo Día en el otoño de 1987, y observar el sábado fue una experiencia sumamente placentera.

Pertenecer al pueblo que guarda los mandamientos de Dios fue sumamente gratificante, y puedo decir honestamente que nuestro gozo en el Señor fue perfecto.

«Como muchas otras personas, he estado ansiosa por muchas cosas. Me preocupaba por los niños si llegaban tarde de la escuela, y estaba inquieta por la salud de mi madre. A veces temía que mi marido pudiera haber tenido un accidente al no llegar a casa a la hora habitual.

«Siempre me he sentido tensa cuando viajo en el coche de otra persona. Las tormentas eléctricas me asustaban mucho, y había otras cosas que me preocupaban en mi vida.

«Un día, mientras escuchaba el sermón de un ministro que se dedicaba a realizar exorcismos, me quedé asombrado al saber que muchos cristianos poseídos por demonios padecían las mismas angustias que yo. Cuanto más escuchaba, más me convencía de que yo también estaba poseída por un demonio.

«El predicador fue tan convincente. Como parecía ser un hombre de Dios, no cuestioné nada de lo que dijo. Y me angustió mucho pensar que Jesús, en quien había puesto toda mi confianza, no había podido evitar que los espíritus demoníacos se apoderaran de mi cuerpo.

Devastado, acepté pasar por un servicio de liberación, como medio para deshacerme de los espíritus malignos. «El servicio duró muchas horas, y a medida que los demonios subían, el ministro tomó autoridad sobre cada uno de ellos. Los espíritus me dijeron cómo habían controlado mi vida, lo confesaron todo.»

La mujer afirma en su carta que durante un breve período se sintió liberada de sus angustias. De hecho, se dio cuenta de que no le importaba nada, una reacción extraña para ella. En poco tiempo su vida se convirtió en un lío, y a veces pensó en terminar con todo. La experiencia le había dañado mucho la mente. «Me resulta difícil terminar todo lo que he empezado», comenta. «Mi memoria se está desvaneciendo. Cosas que antes podía recordar bien, ahora me cuesta tanto recordarlas. Me desanima hasta el punto de que no me importa lo que me pase. Siento que quiero internarme en un manicomio, ya que no soporto las presiones de la vida.

«Mi mente está bajo el ataque constante de una fuerza invisible. El acoso, la opresión que he sufrido, nadie puede comprenderlos. Siento que el Señor se ha alejado de mí, y soy incapaz de hacer nada al respecto. No tengo deseos de orar y, cuando lo intento, no llego a ninguna parte.

«Mi marido me dejó hace dos años y no puedo culparlo por ello. Me odio a mí misma por ser tan mala. Todas mis esperanzas y sueños se han visto frustrados».

Ella afirma que los ministros adventistas no la han ayudado. Al no saber qué hacer en su situación, se sienten incómodos a su alrededor y la evitan. La mujer terminó su larga carta con la súplica: «Sr. Morneau, ¡necesito ayuda! Necesito estar en paz». Cómo la ayudará Dios, todavía no lo sé. Pero sí sé que otros pueden escapar de ese dolor y esa miseria, evitando los peligros de los ministerios de liberación.

EPÍLOGO - MI SEGUNDA VIDA

De todos los comentarios que he recibido durante mi vida, ninguno me ha traído tan buen sentimiento y aprecio por mi Creador como el que me hizo mi cardiólogo después de cuidarme durante casi ocho años.

Hilda y yo estábamos a punto de salir de Nueva York rumbo a California, y yo acababa de terminar mi último chequeo con él. Después de terminar el electrocardiograma, la atrofia muscular espinal y otras pruebas, fui a su consultorio privado. Allí comenzó a comentar algunos de los puntos de mi caso médico que lo habían sorprendido a él y a sus colegas, a lo largo de los años. Mencionó cómo una serie de pruebas realizadas en 1985 indicaron que yo no debería tener suficiente fuerza para levantarme de la cama.

«Fue emocionante para mí verte caminar sin ningún síntoma de que algo andaba mal en tu corazón», dijo. «Eres un hombre increíble, Roger».

La forma en que me miró me impulsó a responder: «Me haces sentir como si hubiera vuelto de entre los muertos». Después de una larga pausa, respondió: «Casi lo

has logrado, Roger; casi lo has logrado». Reclinándose en su silla, pensó por un momento. «Siento que se te ha dado una segunda vida. Valórala, Roger, y considérate una persona muy afortunada». Mientras conducía de regreso a casa, me encontré recordando el Salmo 105:1-5:

«Dad gracias al Señor, invocad su nombre; publicad entre los pueblos sus obras.

«Cantadle, cantadle salmos; contad todas sus maravillas.

«Gloriaos en su santo nombre; alégrese el corazón de los que buscan al Señor.

«Buscad al Señor y su poder; buscad siempre su rostro.

«Acordaos de las maravillas que ha hecho, de sus prodigios y de los juicios de su boca.»

En este momento quisiera exaltar a mi Señor y Salvador, Jesús, contándole cómo me ha mantenido con vida durante los últimos años. En diciembre de 1984, mientras me encontraba agonizando en la unidad de cuidados intensivos del Hospital General del Gran Niágara en las Cataratas del Niágara, Ontario, Dios honró mis oraciones por los pacientes que me rodeaban. Muchos de ellos se recuperaron de la noche a la mañana. Un hombre

cuyo médico había declarado muerto revivió de repente cuando yo supliqué por él ante el Gran Sumo Sacerdote, mientras Él ministraba en el Lugar Santísimo del santuario celestial. Según su esposa, que se ha mantenido en contacto con Hilda, vivió otros cinco años con perfecta salud.

Al ver al Espíritu de Dios obrando y sentir realmente la gloria de la majestad divina de Cristo en ese lugar, me di cuenta de que mi Señor y Salvador podía romper el poder de la muerte. Conversando con mi Redentor, le pedí que, si era agradable a sus ojos, me gustaría permanecer con vida para poder seguir orando por los demás durante el resto de mis días.

Dios honró mi petición, y una semana después, el día y la hora en que me habían ingresado, salí del hospital por mis propios medios. Unos días después de llegar a casa en Endicott, Nueva York, mi cardiólogo me hizo ingresar en uno de nuestros hospitales locales para realizarme una serie de pruebas exhaustivas. Quería averiguar el estado exacto de mi corazón, y qué tratamiento necesitaba. Las pruebas determinaron que tenía miocardiopatía. Un virus había causado daños irreparables en mi corazón. Una gran parte de la pared del ventrículo izquierdo había muerto. El

médico le dijo a Hilda que la ciencia médica no podía hacer nada por mí. La zona muerta del músculo cardíaco se desintegraría y, cuando el corazón ya no pudiera bombear sangre, moriría. Pero el médico tenía una gran sorpresa.

Todos los días pedía a nuestro Padre celestial que bendijera mi corazón herido, con el poder del «Espíritu de vida en Cristo Jesús» (Romanos 8:2). Le suplicaba que me diera fuerzas para afrontar las necesidades y exigencias de cada día, de modo que pudiera conocerlo mejor a Él y «el poder de su resurrección».

Pasaron semanas, luego meses, y finalmente un año. Finalmente, el cardiólogo ordenó una serie de pruebas para ver qué era lo que me mantenía con vida. No supe el motivo de esas pruebas hasta que me mudé a California. Ahora puedo entender por qué cada tanto me decía que yo era un milagro andante.

En abril de 1992, Hilda y yo nos mudamos a California para estar con nuestra hija y su familia. En cuanto llegó mi historial médico, mi nuevo médico hizo algo inusual: me pidió que fuera a una cita.

«Es usted un hombre muy afortunado de estar vivo», me dijo, y me explicó que mi estado cardíaco en 1985 era mucho peor de lo que me había hecho creer mi médico de

Nueva York. Mi corazón se había agrandado y, al hacerlo, había bloqueado la arteria principal, la aorta, en un 80 por ciento. Otra arteria estaba obstruida en un 85 por ciento, y eso por sí solo, dijo, podría haber causado mi muerte.

El médico de California sugirió una nueva serie de pruebas, que incluían una tomografía nuclear, y una tomografía computarizada del corazón. Esperaba que eso le ayudara a entender por qué me encontraba tan bien.

Los nuevos análisis indicaron que la obstrucción de la aorta se había reducido en un 50 por ciento. La obstrucción en la otra arteria había desaparecido por completo. La parte muerta del corazón, en lugar de desintegrarse, se había convertido en una sustancia dura. Aunque es inflexible, el suministro de sangre sigue bombeando. El médico está de acuerdo conmigo en que me mantengo con vida sólo gracias al poder de la oración.

Mi corazón funciona al 45 por ciento de su capacidad normal, lo que me mantiene confinado en casa, ya que me canso con cada pequeño esfuerzo. Naturalmente, paso mucho tiempo acostado, y tengo que descansar sobre mi lado izquierdo para evitar que me duela el corazón. No estoy triste por mi discapacidad; de hecho, la acojo con agrado, ya que me da el tiempo necesario para llevar a

cabo mi ministerio de oración. Si el Señor me hubiera devuelto la salud perfecta, habría limitado enormemente mi tiempo para orar por la gente. Todos habrían esperado que cumpliera con los compromisos de predicación que me llegan de todas partes.

Mis recompensas son muchas. Diariamente recibo cartas que cuentan cómo el Señor bendice a las personas. El poder del Espíritu de Dios está transformando vidas y resolviendo situaciones desesperanzadoras. Esas cartas y llamadas telefónicas traen alegría a mi corazón nacido del cielo. Como el apóstol Pablo, puedo declarar: «Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9).

Haber recibido una vida prolongada en estos últimos tiempos de la historia de la Tierra es verdaderamente un don maravilloso. Y llevar adelante un ministerio de oración en el mismo momento en que el Espíritu Santo está haciendo su última invitación a la raza humana para que se prepare para la pronta venida de Cristo es verdaderamente asombroso. No puedo dejar de proclamar: «¡Gloria a Dios en las alturas!».